

R. 3104

400840
MADE IN SPAIN

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1940-1941

POR EL

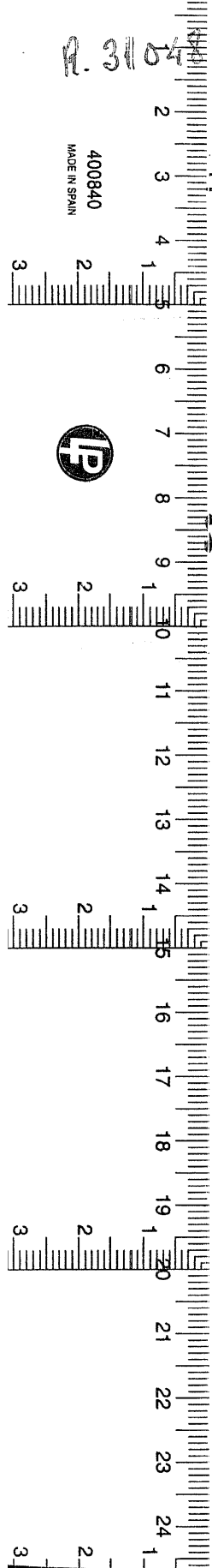
Dr. D. Gonzalo Fernández de Córdoba y Morales

Catedrático de la Facultad de Derecho



GRANADA
Imprenta H.º de Paullno Ventura
Mesones núm. 52
1940

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento 243841
N.º Copia 243848



R. 31048

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

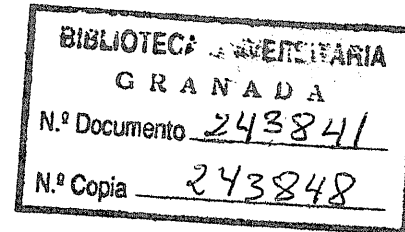
LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1940 - 1941

POR EL

Dr. D. Gonzalo Fernández de Córdoba y Morales

Catedrático de la Facultad de Derecho



GRANADA
Imprenta H.º de Paulino Ventura
Mesones núm. 52
1940

Excmos. e Ilmos. Sres.

Señoras y señores:

Si la he creído siempre necesaria, la condición de los tiempos que vivimos me muestra como tarea indispensable, la de avivar el interés y el conocimiento de las cuestiones de política internacional, fundamentalmente desde el punto de vista español.

Una experiencia que pasa de los treinta años, me ha convencido de lo extendida que está la ignorancia de las más elementales cuestiones históricas y de los asuntos más relevantes de la actualidad internacional, junto con el interés que despierta la consideración y sugerencia de estos temas.

Por otra parte, he tenido de antiguo como cosa innegable la supremacía de las cuestiones de política internacional sobre las de política interna. Los errores de la política interna, en general, son susceptibles de subsanarse y rectificarse mejor que los de la política internacional, que pueden acarrear el hundimiento y hasta la desaparición de los estados.

Los estados pueden representar una política internacional; ser símbolo y motor de la misma. Esta es la condición de las grandes potencias, y cuanto más grandes mayor singularidad tiene su política internacional.

Cuando no se tiene personalidad y fuerza para caracterizar una política internacional hay que adherirse a la que se juzgue más conveniente a los intereses del país. La dificultad está en elegir con acierto; los errores son aquí fáciles y sus consecuencias fatales. Aunque se conozca el error no siempre son hacederas, ni siquiera posibles, las rectificaciones.

Por eso surgen en la política internacional de los estados las distinciones entre la política circunstancial y la política ideal. En estos casos es cuando más se necesita que Dios depare a los pueblos estadistas geniales que, descubriendo y precisando lo que representa su ideal, se dirijan hacia él, en cuanto sea posible, con rumbo constante y seguro, salvando los escollos, cimas y hasta abismos que les ha creado una dirección equivocada.

Así, las más grandes figuras en la historia y en la vida de los pueblos son los grandes artífices de su personalidad internacional.

España ha representado todos estos momentos en la política internacional. Fué el eje y el centro de una política tan relevante y destacada, que dió carácter a una época e influyó en todos los conflictos del mundo, por ella misma completado, con su fe y su resolución.

Los españoles de aquellos tiempos estaban compenetrados con esta grandeza de su Patria; la sentían y les infundía una conciencia de superioridad sobre sus contemporáneos y un orgullo de su condición de españoles, que se ven reflejados en la historia y en la literatura de entonces como la cosa más cierta y hasta justificada aun para los más tenaces enemigos de nuestra patria, que son los primeros en afirmarla. Siempre he creído de interés señalar y ponderar esta condición histórica de lo español, primero como contraste del desaliento y poquedad de ánimo en que habíamos venido a caer, y luego de nuestra Cruzada gloriosa, en que la fe, el heroísmo y la grandeza de nuestras juventudes, genial y valerosamente dirigidas, y en general de nuestra raza, ofrecieron al mundo tan extraordinarios ejemplos de sublimidad, valor y sacrificio, que los mayores mártires y héroes de todos los tiempos no superaron nunca, como demostración palpable de que es el nuestro un pueblo dotado de eternas e inagotables calidades raciales para la realización de los más trascendentales destinos, cuando desentendiéndose de vulgares y pegadizas preocupaciones, va derecho a salvar, como si fuera su constante y universal custodio, los eternos ideales de Dios y Patria.

El concierto de todos los poderes del mundo contra España, sin respeto a consideraciones religiosas ni morales, aliándose los cristianos con los turcos y los príncipes de la Iglesia con sus más encarnizados enemigos, como si el espíritu diabólico de la ambición y de la envidia cegase todas las conciencias, logró abatir el pode-

ría de España y con él nuestra personalidad internacional, que vino a ser en lo sucesivo reflejo y satélite de políticas extranjeras y hasta enemigas, que tuvieron como especial preocupación la de evitar toda posible resurrección de la grandeza dominadora de nuestra patria. Por desgracia este punto de vista extranjero tuvo, en ocasiones, los mejores auxiliares dentro de la propia España, donde, olvidándose que la política internacional de un país debe descansar sobre bases objetivas, vinculadas de modo exclusivo a las conveniencias nacionales, se la ligó con lamentable frecuencia a las luchas partidistas, orientándose en lo exterior en las direcciones que mejor podían ayudar al triunfo dentro de nuestras contiendas, aunque fuera a costa de los intereses fundamentales de la nación.

Lo cierto es, que las cuestiones internacionales vinieron a quedar durante mucho tiempo, casi al margen de las preocupaciones nacionales, lo mismo en el orden de la política que en el de la doctrina, y así no es extraño que cuando llegó para España el momento tremendo de su guerra con los Estados Unidos, se encontrase sin una opinión siquiera medianamente educada, y sin el concurso eficaz de una fuerza amiga, que viniese a ayudarla en la solución de aquella dolorosísima crisis.

Ciertamente que ni es ni podría ser el instante actual de despreocupación por las cuestiones internacionales; que la situación del mundo y la de España ofrecen tan singular valor y significación en el orden internacional, que al escribir esto no es difícil aventurar que al llegar el momento de leerlo, en el mundo y quizá para nuestra patria habrán sucedido los más hondos, y, Dios quiera, que sean también los más felices acaecimientos o transformaciones.

Acrescenta, pues, esta coyuntura histórica el interés y hasta la necesidad de atraer la atención hacia los temas internacionales y, en la medida de lo posible, difundir sobre ellos los conocimientos necesarios para enjuiciarlos con acierto y con fruto.

Esta cultura internacional es, más que ninguna, variadísima y compleja. Abarca el conocimiento profundo del pasado, el detalladísimo del presente y una clara presunción del porvenir. Fuertes inteligencias y voluntades son necesarias, en constante y constructiva labor sobre las gentes, para crear una conciencia internacional, que presupone además la formación en el pueblo de un temperamento adecuado para sus realizaciones prácticas,

las que representan la existencia de virtudes y calidades colectivas opuestas a todo sentimiento de negligencia o egoísmo.

Pero nunca como en esta labor de conjunto, se destaca el papel soberano de la historia, con su infalible y supremo magisterio, que va ofreciendo a la consideración de las gentes las realidades de los siglos, para que saquen las conclusiones y normas tan poderosamente depuradas.

Es difícil que en la vida de los pueblos se produzcan situaciones tan nuevas, que no ofrezcan en su historia, aleccionadores y elocuentes precedentes, en los cuales, con toda la fuerza de lo que ha sido y se ha vivido, pueden estudiarse aciertos y errores de aplicación a la actualidad.

¿Qué pueblos y qué situaciones a través de los siglos, acusaron coincidencias? ¿Cuáles demostraron hostilidad? ¿Subsisten como algo imborrable o se modificaron y hasta desaparecieron los móviles que determinaron las distintas circunstancias históricas de los estados?

Cuanta labor se haga para esclarecer y divulgar cada uno de estos temas la considero fundamental, y por eso a ella he dedicado mi atención al tener que preparar este discurso de apertura de un curso que se abre bajo el signo de lo internacional como supremo ordenador de realidades universales. No puede nadie dudar que el mundo será lo que determine el triunfo de la guerra actual.

Mi pensamiento y mi deseo hubieran sido estudiar, con la detención posible, la política internacional de España en la época de su poderío y grandeza, que fué cuando pudo tener y tuvo una política internacional no sólo absolutamente propia, sino de verdadera hegemonía.

Pero pronto noté que no me era posible desarrollar este tema dentro de las características de tiempo y espacio propias de este acto y por eso, de lo que voy a ocuparme, es de hacer algunas consideraciones, sobre diversos aspectos de las relaciones de España con Francia e Inglaterra en los reinados de Carlos I y Felipe II, refiriéndome a varios de los más importantes tratados celebrados por España con estas potencias en la trayectoria de su hegemonía, considerando el carácter de estas relaciones y el contenido de estos tratados, como máximo exponente de las realidades internacionales de cada instante, y del grado relativo de potencia, predominio, decadencia, amistad o antagonismo de los

estados que con nuestra patria eran factores principales de la vida del mundo.

Fuera de la intención de vulgarizar estos temas, que creo plausible, la pobreza de mi trabajo, siempre irremediable, han venido a aumentarla las circunstancias notorias en que he tenido que prepararlo, en un doble curso intensivo, sin posibilidad de documentarlo suficientemente, ni de utilizar materiales que deseaba, y que yacen revueltos y confusos, en los montones ingentes formados con el material de archivos y bibliotecas, por la obra destructora de la anti-patria.

Suerte que mientras se disponga de obras y trabajos tan fundamentales como los de Cánovas del Castillo, Menéndez y Pelayo, Ballesteros Beretta, Eduardo Ibarra, Fernández Montaña, Altamira, Maura y Gamazo, Seignobos, Henry Hauser, Monografías históricas, Pierre de Vaissière y otros, se contará con materiales valiosos para trabajar con provecho. Indicaciones bibliográficas, si se consultan a Sánchez Alonso, Ballesteros Beretta, Eduardo Ibarra, Henry Hauser y Monografías históricas entre otros, se encuentran tan completas que no se pueden superar.

* * *

No he de pasar adelante, sin tributar el merecido recuerdo, a los compañeros nuestros que durante el curso pasado, dejaron de compartir con nosotros las tareas de la enseñanza universitaria, por jubilación, o lo que es todavía más sensible, por la muerte. Mis palabras son más emocionadas y profundamente sinceras, cuanto se refieren a personas con las que me siento ligado por los más hondos sentimientos de devoción y de cariño.

El maestro de maestros D. Víctor Escribano García, figura insigne de esta Facultad de Medicina, fué jubilado después de una vida fecundísima, llena de inolvidables merecimientos en su labor docente, y de ejemplos altísimos por sus virtudes públicas y privadas, que felizmente continúan rindiendo sus copiosos frutos.

El ilustre profesor auxiliar, con relieve, personalidad y títulos de destacado profesor numerario, D. Francisco Martínez Lumbreras, bajó al sepulcro, inopinadamente, en edad todavía temprana, dejando en nuestra Facultad y en Granada un vacío

que se hace difícil de llenar por las grandes y acreditadas calidades que se acumulaban en él.

Prestigio, respeto y consideración inmensos envuelven y rodean estos nombres. Inclinémonos ante ellos, en homenaje y expresión de la admiración y del afecto que siempre les guardará la Universidad de Granada.

* * *

Uno de los más grandes políticos y diplomáticos de España fué, a no dudarlo, Don Fernando el Católico. El, con la egregia D.^a Isabel, crearon a España; pero su acción personalísima marcó los rumbos políticos de nuestra nación durante centurias.

Interesa destacar el hecho de que en su pensamiento y conducta influyó la detentación por los reyes de Francia de dos provincias indudablemente españolas: el Rosellón y la Cerdeña, entregadas como transitoria garantía al rey de Francia y que Luis XI retenía cuando ya no tenía otro título que el de su interés.

La política exterior de Castilla hasta Enrique IV, había sido de buenas relaciones con Francia, en parte, como garantía contra el desarrollo del poder aragonés.

Los intereses y la política de Aragón, en cambio, chocaban con los de Francia.

La unión de Castilla y Aragón, y por consiguiente, la integración de España, jamás habían de verla con buenos ojos los soberanos franceses, mucho mejor avenidos con la sucesión en Castilla de una Beltraneja, que mantuviese divididos y enemistados los territorios de la península, sin que llegasen a alcanzar y formar la unidad fundamental de España.

Por eso, enérgico y resuelto D. Fernando, piensa y de modo genial realizar su obra política de cerco de Francia.

Toda la historia de España y buena parte de la historia universal son consecuencia de los matrimonios concertados por los Reyes Católicos para sus hijos, y más que ningunos de los concertados con los hijos del emperador Maximiliano.

Este representaba la máxima oposición al rey francés. Casado con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, y heredera de los Países Bajos y del ducado de Borgoña, veía usurpados por el rey de Francia las tierras de este ducado, cuya reivindicación va a ser causa de que se escriban páginas de historia trascendentales.

Nuestra relación con Portugal quedaba resellada con acertados matrimonios tan fecundos en resultados políticos que venciendo a la fatalidad y la desgracia, que impidió que la unidad con Portugal se hiciese en el matrimonio de la infanta D.^a Isabel o en el infante D. Miguel, cuyas cenizas guardamos en nuestra Capilla Real, logran que se realice en D. Felipe II.

Bien quiso a Portugal, pero no a Francia, había de ser el matrimonio de la infanta D.^a Catalina primero con el Príncipe de Gales, Arturo, y luego de viuda, con su cuñado el futuro Enrique VIII.

Este matrimonio estrechaba de modo notable las relaciones de España e Inglaterra, cuyas vicisitudes y cambios habían de ser tan profundos que si un día consentirían que un rey español pudiera ser y titularse rey de Inglaterra, en otros, en cambio, la hostilidad de estos dos países había de producir inmensas influencias en la vida de España y ofrecer a historiadores y hombres de estado los temas más graves y duraderos de meditación.

Las previsiones de los Reyes Católicos, tal como éstos primordialmente las concibieron, fallaron bajo el trágico destino que la Providencia señaló a sus hijos. La muerte del príncipe D. Juan cambió los rumbos de la historia de España y aún de la Universal.

Pocos lugares de más honda meditación ofrece el mundo, que el del convento de Santo Tomás de Avila, donde D. Juan está enterrado.

Este hubiera sido el rey totalmente español; la suprema encarnación de España; la personificación completa de nuestra patria. ¿Cuál hubiera sido la historia de España si no muere el hijo de los Reyes Católicos y si la casa de Austria no reina en España? ¿Cuál hubiera sido la historia del mundo? Y esta meditación no ha de desenvolverse tan sólo en el campo de la fantasía y de la quimera, porque ¿es que acaso no puede pensarse hoy que, en gran parte, la actualidad y el interés de España es volver a situarnos, en cuanto sea posible, como si estuviéramos en tiempo de los Reyes Católicos, y pudiéramos orientar nuestro destino siguiendo exclusivamente el genio y el interés de España, sin que sea capaz de desvirtuarlo ni desviarlo ningún género de influencias?

La rivalidad de Francia y España en esta época, culminó con el completo triunfo de España, representado en la conquista to-

tal del reino de Nápoles por el Gran Capitán, empresa del más alto interés nacional, porque allí estuvo la base de la secular política de España en Italia, factor sobresaliente en el conjunto de la ingente política española, y causa y razón de las más fundamentales direcciones de toda la política europea.

Después de profundas aunque pasajeras vicisitudes, esta era la realidad que subsistía cuando el advenimiento de Carlos I al trono de España, había de conducir a nuestra patria a la vorágine total de la política mundial, para que fuese en ella, durante siglos, su indiscutible directora.

Y no sólo subsiste el antagonismo con Francia al venir Carlos I al trono, sino que, de modo notable, se acentúa.

Casi forzosamente tenía que suceder así. A Luis XII de Francia le había sucedido, en 1515, su primo Francisco I, mozo lleno de acometividad y de ambición, con 22 años de edad. Ostentoso, galante, caballero y valiente, aunque frívolo y dado a los placeres; encumbrado en plena juventud al trono de la gran monarquía francesa, era natural que soñase con el engrandecimiento de su reino hasta la más alta cumbre del poder.

Pero, para su desgracia, era su coetáneo Carlos I de España, seis años más joven, nacido en 1500, con tan buenas cualidades como las de Francisco y además austero, religioso, reflexivo, trabajador y grave, que por sucesivas herencias ostentaba el poder temporal más grande de la tierra.

Eduardo VIII de Inglaterra, completaba el triunvirato de reyes que ejercía mayor influencia en Europa. También joven y ostentoso, pero de voluntad tornadiza al conjuro de la pasión, representaba, indudablemente, el poder más débil de los tres, aunque supo ya conducirse con destreza en la función de influir, conforme a sus preferencias, en el equilibrio continental, iniciando el papel que, con una continuidad y maestría insuperables, ha sido la característica de la política internacional de Inglaterra y un motivo de su poderío secular.

Gráficamente expresaba esto Enrique VIII diciendo que en la balanza de Europa, España y Francia eran los platillos y él, Inglaterra, mantenía el fiel.

La más destacada enseñanza que de las grandes contiendas de este importante período de nuestra Historia se desprende, es que la rivalidad con Francia es prácticamente permanente y, en cambio, con Inglaterra, es transitoria y circunstancial hasta el punto

de que, en ocasiones, entre Carlos I y Enrique VIII existieron tratos y pactos de amistad.

Hay, desde luego, el tratado de Noyón, firmado el 13 de agosto de 1516 reciente la muerte del rey Católico, bajo la influencia de los consejeros flamencos, por el que, para contener la ya iniciada hostilidad de Francisco I contra Carlos, al que, tras interceptarle su correspondencia desde Flandes con España, iba a impedirle, también, el paso cuando trataba de venir a España, se pactó nada menos que la boda del propio D. Carlos con Luisa, hija de Francisco I, entonces muy niña, una vez alcanzase la edad apta para el matrimonio; si Carlos falleciese antes de la boda, se celebraría entonces entre Luisa y el hermano de D. Carlos, D. Fernando, salvo que se hubiera celebrado ya el proyectado matrimonio de éste con la hija del rey de Hungría; si la que faltase fuese Luisa, su lugar lo ocuparía su hermana Renata; Carlos conservaría el reino de Nápoles; pero hasta que del matrimonio estipulado hubiese prole, debería entregar una pensión anual de 100.000 escudos. A su futura esposa le fijó una renta al año de otros 50.000 escudos asegurados sobre la renta de España y Nápoles; se procuraría satisfacer a los antiguos señores Angevinos, partidarios de los Anjou y, asimismo, Carlos prometió dar satisfacciones por lo que a la Navarra Española se refería.

Efímera fué la situación que se pretendió crear por este tratado, como efímera fué la vida de la princesa Luisa de Francia que tanta importancia tenía en él y que murió poco después de su celebración, y, aunque el rey de España ratificó el tratado, éste no tuvo mayor cumplimiento.

Por eso, la rivalidad efectiva de Francia y España, llena toda una época. Da lugar a cinco guerras en tiempo de Carlos I y otra con Felipe II, todas casi consecutivas, desde 1521 hasta el tratado de Cateau-Cambresis en 1559.

Aparte de otros motivos de discordia, Francisco disputaba a Carlos Nápoles, el ducado de Milán y, en general, la posición e influencia en Italia; el trono imperial de Alemania; Flandes y el Artois y hasta el reino de Navarra, que deseaba devolver a su antigua dinastía francesa y, vencido por Carlos en lo que pudiéramos llamar aspectos diplomáticos de estas cuestiones, provoca la guerra, que tiene múltiples frentes y extensas manifestaciones en España, en Flandes, Luxemburgo, Francia y en Italia donde vino a resolverse en la gloriosa batalla de Pavía, en la que pereció lo más

destacado de la aristocracia francesa y fué hecho prisionero el mismo rey, por el guipuzcoano Juan de Urbietta, el gallego Alonso Pita y el granadino Diego Dávila, comunicando el desastre a su madre con aquella carta famosa en la que decía: "Todo se ha perdido menos el honor y la vida que se han salvado."

En Madrid Francisco, prisionero pero generosamente tratado por el emperador, que lo visitó personalmente en su prisión de la Torre de los Lujanes, firmó el tratado, llamado también la Concordia de Madrid, de 14 de Enero de 1526, por la que el rey de Francia recobraba la libertad quedando en rehenes sus hijos mayores el Delfín y el duque de Orleans; Francisco devolvería a Carlos la Borgaña, aunque con algunas reservas; renunciaba a sus aspiraciones sobre Nápoles, Milán y Génova; restituiría el Artois y territorios de Flandes; ayudaría al emperador en sus luchas con herejes y turcos; casaría con D.^a Leonor, hermana de Carlos I, viuda de D. Manuel de Portugal, y se establecían otros acuerdos en favor del Condestable de Borbón y otros partidarios del emperador, a más de preocuparse, cosa plausible en tratado tan político, de estimular el tráfico de los comerciantes de ambos países, mediante la concesión de facilidades adecuadas.

Por supuesto, que Francisco, lejos de cumplir el tratado de Madrid, del que secretamente había protestado, lo rechaza en cuanto se ve libre, promueve nuevas luchas al Emperador y entra en la Liga de Cognac o Clementina, en mala hora ideada por el Pontífice Clemente VII, con la vana idea de expulsar a los españoles de Italia, que había de acarrear el saqueo de Roma y la prisión del Pontífice, y, en definitiva, después de largas luchas desde 1526, Antonio de Leyva, el vencedor de Pavía, vuelve a derrotar a los ejércitos franceses en Landriano el 21 de Julio de 1529, y privado Francisco del concurso de Andrea Doria, que en servicio eminentísimo, estando prisionero, ganó el marqués del Vasto para el emperador, quien llegó a profesarle cariño y respeto casi filiales, Francisco I se ve obligado a pedir la paz, que concertaron en Cambray por el tratado de este nombre llamado también de las Damas, Luisa de Saboya, madre del rey francés, y Margarita de Austria, tía del emperador y gobernadora de los Países Bajos, viuda de Filiberto de Saboya.

Por esta paz, mediante la entrega de 2.000.000 de escudos de oro se devuelve la libertad a los hijos de Francisco que continuaban como rehenes en el castillo de Pedraza; Francisco conserva la

Borgaña; se confirman las principales cláusulas del tratado de Madrid, renovándose el pacto de matrimonio entre Francisco y Leonor; Francisco renunció a todas sus pretensiones sobre Italia, abandonando a sus aliados; renunció también a su soberanía sobre Flandes y el Artois y todas las plazas de la frontera nordeste quedaron en poder de quien las ocupaba. Otros acuerdos, menos importantes, se establecieron en beneficio de partidarios del Emperador. Este tratado se concertó el 5 de Agosto de 1529 y tanto representaba para la consolidación del poder de Carlos en todas partes y principalmente en Italia, que en el 22 y 24 de Febrero de 1530, era solemnemente coronado en la iglesia de San Petronio de Bolonia, por el papa Clemente VII, el antiguo promovedor de la Liga Clementina, enemigo del Emperador y su prisionero en Sant Angelo.

Hasta 1537 no se rompen claramente, de nuevo, con la tercera guerra las hostilidades, pero nadie pensará que, en el entretanto, la conducta de Francisco con Carlos tuvo la lealtad de amigos, que, lejos de eso, no sólo se alía secretamente con los protestantes y luteranos de Smalkalda, para ayudarles contra el Emperador, sino que, al condicionar con limitaciones que significaron una abstención, el concurso que Carlos le pedía para la lucha contra el turco, se apartó, singularizándose, del camino seguido por los otros monarcas europeos que colaboraron en esta empresa. Con esto revelaba que su pasión contra el Emperador, le había hecho apretar su amistad con el turco, hasta llegar a una monstruosa e inconcebible alianza.

Era estímulo de este morboso espíritu, la ambición, obcecada y violenta, por el ducado de Milán. Para obtenerlo, parece por sus propios dichos que hubiera llegado a las más importantes concesiones.

Pero Milán era un punto de enlace y acceso a las vastas posesiones del Emperador, que velaba por la integridad y la conservación de sus derechos, y así mantenía en él al duque Francisco Sforza, al que había concedido en 1534 la mano de su sobrina Cristina de Dinamarca, y que al morir, en 1 de Noviembre de 1535, dejó al Emperador heredero de su estado.

Con este título Antonio de Leyva tomó posesión del ducado en nombre del Emperador y ello impulsó a Francisco a romper, sin previa declaración de guerra, las hostilidades contra Carlos, francamente auxiliado por los turcos y protestantes. Entonces fué

cuando el Emperador, en presencia del Papa y el Sacro Colegio Cardenalicio, recriminó a Francisco por su conducta, en términos ejemplarmente severos, y le declaró la guerra.

Fué ésta de resultados poco decisivos y terminó por la tregua de Niza, concertada por 10 años en 18 de Junio de 1538, con la intervención personal del Papa Paulo III y por la cual Francisco conservaba el Piamonte, la Saboya y la plaza de Hesdín, pero el Emperador conservaba, por supuesto, el ducado de Milán.

La tregua de Niza da lugar, en efecto, a los únicos momentos de aparente cordialidad entre ambos soberanos. Del 14 al 16 de Julio de 1538, se celebra la cordial entrevista de Aguas-Muertas. Se agasajan y se muestran con tal confianza, que el Emperador entra en Francia camino de Flandes, entregado, por completo, a la caballería del rey de Francia que, por este medio, confiaba en obtener su constante aspiración al ducado de Milán, que solicitó para uno de sus hijos, previa su boda con una hija del Emperador, pero la resolución de éste fué otorgar la investidura del ducado a su hijo D. Felipe, el 2 de Octubre de 1540.

Desengañado de modo tan definitivo en sus esperanzas el rey de Francia, pronto encontró pretexto para emprender de nuevo la guerra, en la muerte de dos agentes a su servicio, uno español, Antonio del Rincón, y otro genovés, César Fragoso, que intervenían en los tratos y alianzas del rey de Francia y el Sultán de Turquía y que fueron asesinados cuando navegaban por el río Po, según el rey de Francia, por orden del marqués del Vasto, inculpación rechazada por éste.

La guerra fué más extensa que otras anteriores. A un tiempo se luchaba en Rosellón, Piamonte, Brabante, Países Bajos, Luxemburgo y en el mar, francamente aliados aquí los franceses y los turcos, hasta el punto de que, operando ambas escuadras juntas, la francesa arboló banderas turcas con estrellas y medias lunas, como homenaje a sus aliados; concierne que realizado con soberano tal como Solimán el Magnífico, le consintió avanzar también con sus tropas por Hungría y llegar hasta la misma Viena. ¡Trescientas niñas y niños cristianos fueron rescatados por Doria y García de Toledo, al apresar tres naves en que eran enviados al Sultán, después del fracasado sitio que franceses y turcos reunidos, tuvieron puesto a Niza y que los imperiales les obligaron a levantar!

De todas maneras en esta cuarta guerra, no se lograron, ni por una ni otra parte, resultados definitivos, porque, si hay que apuntar en el haber de las tropas francesas la batalla de Cerisoles, que sirvió, no obstante, para consolidar la fama de la inmortal infantería española, el Emperador, con un ejército compuesto por 10.000 infantes, 2.300 caballos y 1.600 zapadores, sitia St. Dizier, que el día 17 de agosto de 1544, se rindió con todos los honores de guerra, situándose aquél en las cercanías de París y, aterrado, el monarca de Francia huye, evita el encuentro que entre ambos ejércitos se esperaba y pide la paz que, con general sorpresa, el Emperador le concede firmándose el 18 de Septiembre de 1544, el tratado correspondiente en Crespy. Por él se acuerda la devolución de los territorios que hubiesen ocupado desde la tregua de Niza. Francisco hubo de renunciar a todos sus derechos sobre Nápoles, Flandes y Artois; por su parte el Emperador no insistió sobre la restitución del ducado de Borgoña. Los dos monarcas unirían en lo sucesivo sus fuerzas en beneficio de la unidad de la Iglesia y para combatir a los turcos. Se estipulaba que el duque de Orleáns, hijo segundo de Francisco, casaría o con la infanta D.^a María, hija del Emperador, llevando en dote Flandes, o con la hija segunda del rey de Romanos D. Fernando, llevando en dote Milán. En el caso de que fueran dados los Países Bajos, conservaría Carlos el dominio supremo mientras viviese y Francisco renunciaría a sus derechos sobre Milán y el Artois. Si era dado Milán, el Emperador mantendría la posesión efectiva del ducado mientras no naciese un hijo del matrimonio y declaróse que la dote sería considerada como feudo nuevo, independiente de los derechos hereditarios de la casa de Orleáns. Tan pronto como fuesen un hecho estas transferencias, la Saboya habría de ser evacuada y sometidas a arbitraje las cuestiones de derecho pendientes entre el rey de Francia y el duque. No se prestaría ayuda al ex-rey de Navarra para recuperar su reino. Por un tratado secreto se comprometió Francisco a cooperar para la convocatoria de un concilio general, a auxiliar al Emperador contra los protestantes alemanes y a unir sus fuerzas con las de éste para lograr la paz o una tregua duradera con los turcos.

Fué general la sorpresa y admiración por la moderación del Emperador. Los aliados de ambos monarcas se sintieron defraudados y disgustados. En España se opinaba por la cesión de Mi-

lán mejor que la de Flandes, pero de pronto muere el duque de Orleans, ante el recelo de haber sido envenenado por instigación de su cuñada Catalina de Médicis, todas las combinaciones caen por su base y Flandes y Milán permanecen unidos a los monarcas españoles.

Bajo esta paz, el 30 de Marzo de 1547, muere Francisco I. Su reinado había sido un acto constante de hostilidad de Francia contra España.

No fué ésta, ciertamente, la conducta de Inglaterra, cuyo monarca, Enrique VIII, ofrece pruebas repetidas de amistad y aun de colaboración con España, tasadas siempre, desde luego, por las que juzga conveniencias suyas y del equilibrio europeo.

En las disputas del principio de los respectivos reinados para atraerse la amistad del monarca inglés, notoriamente las preferencias de éste fueron para el monarca español. Parece que a su ministro el cardenal Wolsey, se le había hecho vislumbrar, por los negociadores imperiales, la posibilidad de su elección para el pontificado, pero lo cierto es que ya en Marzo de 1520 Carlos visitó Inglaterra y Wolsey, Chievres y Gattinara negociaron un tratado secreto de amistad entre el Emperador y Enrique, y que mientras en la famosa entrevista del 7 de Junio del mismo año, llamada del Paño de Oro por su lujo y magnificencia, celebrada por los reyes de Francia e Inglaterra, éstos se separaron no sólo sin acuerdo, sino casi llenos de antipatía y recelo, el 8 de Julio siguiente, los reyes de España e Inglaterra celebran la entrevista de Calais, en la que confirmaron su tratado de recíproca amistad y concluyen una alianza ofensivo-defensiva, por la cual Carlos y Enrique tendrían los mismos amigos y los mismos enemigos y ninguno concertaría alianza de ningún género con un tercero sin el consentimiento de ambos. Si estallaba la guerra entre Carlos y Francisco, Enrique llevaría sus armas contra el agresor. Por espacio de dos años los acuerdos referentes a los matrimonios del Delfín con la princesa inglesa María y de Carlos con la hija segunda de Francisco, por haber fallecido la mayor, Luisa, no debían ser objeto de nueva confirmación; cada potencia mantendría un embajador regular en la corte de la otra y hacia el final del período expresado, se celebraría otra entrevista para tomar nuevos acuerdos.

Hay que señalar, no obstante, que al verse el Emperador atacado por el rey de Francia en 1521, con pueriles pretextos, ni

el rey de Inglaterra ni el Papa le prestaron el apoyo que por sus acuerdos le debían. Ahora bien, en 1522, el Emperador vuelve a Inglaterra y allí, en Windsor, se declara que el rey de Francia había faltado a lo pactado en la Liga concertada entre los tres monarcas, e Inglaterra declaró la guerra a Francia. Conforme al tratado de Windsor, Carlos debía casarse con María, hija del rey de Inglaterra y el Emperador y el rey pactaron la alianza más solemne no ya sólo para defensa de sus posesiones actuales, sino también para la reconquista de aquéllas a las cuales pudieran tener derecho cada una de las partes contratantes y así en 1523, acordada la invasión y el desmembramiento de Francia con el condestable Carlos de Borbón, el rey de Inglaterra participa en el acuerdo y da un título más para la desmembración de Francia con la alegación de los derechos de la casa de Plantagenet a ciertos territorios franceses e invade Francia con sus tropas llegando hasta muy cerca de París, mientras los ejércitos imperiales atacaban por otros lugares.

No es extraño, pues, que hasta se deseara en España la realización de la boda del emperador con la pequeña princesa inglesa, concertada en el tratado de Windsor, adelantando así una unión matrimonial con Inglaterra que había de celebrarse más tarde con Felipe II. En definitiva, este matrimonio no se celebró porque, ni la princesa inglesa tenía edad, ni Enrique VIII se mostró propicio a él. Y es que en su ánimo actuaba la idea del equilibrio de la que se había conferido a sí mismo el papel de guardador y fiel y en 24 de Febrero de 1525, la resonante batalla de Pavía y la prisión del rey de Francia habían engrandecido poderosamente al César español. Así en la reacción que significó la Liga Clementina o de Cognac de 22 de Mayo de 1526, dirigida contra el Emperador, más o menos encubiertamente, entró Enrique VIII, que esperaba lograr que se le diese en feudo Nápoles para un hijo natural suyo, y acrecentado, con sus triunfos, el poderío del Emperador en Italia y dada la tragedia religiosa y familiar de Enrique, su amistad con Francia se estrecha, lo que se manifestó en el tratado de Westminster de Abril y Mayo de 1527, de alianza ofensiva entre ambos y luego del asalto de Roma de 6 de Mayo de 1527, en el de Amiens de 18 de Agosto del mismo año en el que se concertaban, entre otras cosas, para abatir el predominio de Carlos I en Italia. A pesar de todo, Francia

tuvo que pedir la paz, que fué la de Cambray de 5 de Agosto de 1529.

Al emprender Francisco su tercera guerra en 1537, había emparentado con el Pontífice Clemente VII por el casamiento de su hijo Enrique con Catalina de Médicis y molesto el monarca inglés, ya no le ayuda, pero en cambio, en 1543 y 1544, desencadenada la cuarta guerra, concierta un acuerdo y una formal alianza con el Emperador y se obliga a invadir Francia con sus ejércitos hasta que Francisco rompiera su alianza con los turcos, devolviese la Borgoña y cumpliera sus compromisos económicos con el monarca inglés. La cooperación de éste en la campaña no tuvo la extensión debida y por eso sus consecuencias no fueron tan funestas para los franceses.

Con todo, los acuerdos de la paz de Crespy, ya sabemos que tuvieron la virtualidad de disgustar y sorprender a todos, entre ellos a Enrique VIII, que decidió continuar la guerra por su cuenta.

Y es que la amistad de Inglaterra con los duques de Borgoña, soberanos de los Países Bajos, le era necesaria y tradicional y aunque la situación había cambiado, al venir el modesto ducado de Borgoña al poderoso Emperador Carlos V, Inglaterra prefería este vecino español a que fueran los franceses los soberanos de los Países Bajos; y esto perseverará hasta en la política, mucho más complicada y compleja en este aspecto, de los reinados de Felipe II e Isabel de Inglaterra.

Las características que dejamos reseñadas se acentúan, en los que pudiéramos llamar años de transición del gran reinado de Carlos V al no menos grande de Felipe II.

En 1547 desaparecen Francisco I y Enrique VIII, grandes actores de este período. Queda Carlos hasta el 21 de Septiembre de 1558 en que fallece, pero después de haber cedido el ducado de Milán y el reino de Nápoles a su hijo D. Felipe, por sucesivas abdicaciones, desde 1555, le cede también Flandes y los reinos de España. En estos años, mientras tiene que sostener una nueva guerra con el hijo y sucesor de Francisco, Enrique II, acentúa la amistad con Inglaterra hasta el punto de casar a su hijo D. Felipe, con la reina inglesa María Tudor.

La política de Enrique II tiene las mismas características que tenía la de su padre Francisco I. En tanto que Carlos cumplía su providencial designio de velar incansable, por la unidad mo-

ral de Europa, asentada sobre la unidad de fe y doctrina religiosa, Enrique de Francia, soberano de un país católico, se alía por el acuerdo de Friedwalde con los protestantes, representados ahora por el hasta entonces protegido y amigo predilecto del Emperador, Mauricio de Sajonia, que afea su causa con la perfidia, el disimulo y la traición, gracias a las cuales, estuvo a punto de coger prisionero al Emperador en Insbruck, de donde, a todo escape, sin tiempo ni para vestirse, tuvo que huir el 20 de Mayo de 1552, en una noche inclemente mientras las tropas de Mauricio ya estaban entrando en la ciudad.

Enrique, llamándose protector de las libertades de Alemania y de sus príncipes cautivos, invade la Lorena, y sin resistencia, logra las plazas de Toul, Metz y Verdún, pero rechazado en Estrasburgo e invadida la Champaña, tuvo que retirarse.

Para librarse de uno de los dos contendientes y estimulado a ello por su hermano Fernando, que fué el negociador, el Emperador tuvo que aceptar el 31 de Julio de 1552, el tratado de Passau, tan importante para los protestantes a los que se les hacen grandes concesiones y se les promete una amnistía general, exigiendo a Mauricio que sus súbditos se apartasen de la alianza con Francia y licenciasen sus tropas.

Entonces vuelve sus armas para rescatar Metz, con un ejército de cerca de 10.000 hombres y establece uno de los sitios más memorables de la Historia. La dirección la llevaba personalmente el Emperador, con el concurso de generales como el duque de Alba y el de Alberto de Brandeburgo, antiguo aliado de Mauricio de Sajonia, que resolvió sus vacilaciones uniéndose al Emperador. La defensa de la plaza la dirigía Francisco de Lorena, joven duque de Guisa, que con la cooperación de las inclemencias del tiempo y las epidemias, obligó al Emperador a levantar el sitio y retirarse.

La guerra con Francia prosiguió los años 1553, 54 y 55 y además de ataques, saqueos y conquistas de ciudades, ofrece como hecho saliente la indecisa batalla de Renti, de 13 de Agosto de 1554 dirigida, de parte de los imperiales, por Filiberto de Saboya, y de los franceses, por el duque de Guisa, presenciada por el Emperador, que, en definitiva, quedó dueño del campo, retirándose a Compiègne los franceses. En 1555 la guerra se extiende también a Italia; son los jefes el duque de Alba y Brissac, de quien los historiadores hablan con elogio; no se resuelve

en hecho de armas definitivo pero, en cambio, ese año ofrece la circunstancia importantísima de que se concierte una alianza entre Enrique II de Francia y nada menos que el Papa Paulo IV contra el Emperador. Esto nos da idea de la política de aquellos tiempos y de la versatilidad de todos, menos de la figura ingente del Emperador. Era el Papa, que estaba recién elegido, el cardenal Juan Pedro Caraffa, napolitano, de 80 años, general de los teatinos, y enemigo personal del Emperador.

Se comprende que éste, enfermo, cansado y en la situación de ánimo adecuada, a su abdicación, firmase con el francés en 1556 la tregua de Vaucelles, por cinco años, cediéndole lo conquistado en Alemania y en Saboya.

Al contrario de esta situación de lucha que se mantiene con Francia, con Inglaterra se crea una relación que representa una de las más grandes concepciones políticas que se tuvieron en España, que si hubiera dado sus frutos, hubiese cambiado la suerte de España y hasta del mundo.

Esta fué el casamiento de Don Felipe, con María Tudor, que convirtió al futuro rey de España, en rey de Inglaterra.

Ya en tiempos pasados, hemos visto que se había pensado y hasta convenido, el casamiento del César español, con la princesa inglesa; pero, en definitiva, este matrimonio no se hizo porque la poca edad de la princesa, dió pretexto para que no consintiese esta nueva unión con la familia real española Enrique VIII, ya en trance de divorcio, y hasta de herejía, con su esposa, la reina española D.^a Catalina.

Muerto Enrique VIII, y tras el corto reinado de Eduardo VI, viene el trono de Inglaterra a la católica María Tudor, hija de Enrique y D.^a Catalina y nieta, por consiguiente, de los Reyes Católicos. Esto significaba el rescate de Inglaterra de la herejía, primera preocupación de Carlos, que se consolidaría con una alianza matrimonial española, que, por otra parte, había de fortalecer todavía más, la situación de España como dueña de los Países Bajos, contra Francia y, en general, en Europa.

Por eso, prescindiendo de otras ya proyectadas uniones matrimoniales que sacasen a Felipe de su prematura viudez, al ocupar el trono inglés María Tudor, la idea de esta unión se sobrepuso a todas y el Emperador la sugiere a Don Felipe, en mensaje que le trae a Madrid D. Diego de Acevedo. Don Felipe contesta, expresando a su padre que el matrimonio con la reina de Ingla-

terra, podría celebrarlo el mismo Emperador, idea que Carlos rechaza por sus años y estado de salud y, en consecuencia, Felipe acepta y, obtenido el consentimiento de la reina de Inglaterra, que desechó, entre otros pretendientes, al infante D. Luis de Portugal, hermano de la Emperatriz D.^a Isabel, pasó el conde de Egmont a Londres y, el 12 de Enero de 1554, pidió la mano de la reina y estableció las condiciones políticas del enlace.

Según éstas, la reina no tendría obligación de seguir a su esposo fuera del reino, ni éste tendría intervención en los asuntos del mismo. En cuanto al punto culminante de la herencia de los reinos, se establecía que el heredero de esta unión, heredaría siempre Inglaterra y los Países Bajos y si moría el Príncipe Carlos, hijo del primer matrimonio de Felipe con D.^a María de Portugal, también heredaría la corona de España. Se decía, asimismo, que las buenas relaciones entre Francia e Inglaterra no se alterarían por razón de este enlace.

La boda se celebró el 25 de Julio de 1554. Felipe por su trato con la reina y su discreción y tacto extraordinarios, venció las prevenciones y hasta las hostilidades que en sectores importantes de Londres, había despertado este casamiento y, con el amor sincero de María, obtuvo la creciente estimación y admiración del pueblo inglés. El había de cooperar a empresa tan difícil como la restauración del catolicismo en Inglaterra, después de los excesos a que se había llegado en época de Enrique VIII; pero todas las esperanzas que en este matrimonio se habían puesto resultaron fallidas por falta de sucesión.

Esta pareció anunciarse para la primavera de 1555 y Europa entera estaba pendiente de este suceso que iba a trazar los rumbos de su historia, pero las ilusiones se desvanecieron; lo que parecía anuncio de sucesión, era el comienzo de la enfermedad que llevó más tarde a la reina al sepulcro. Al hundirse todas las esperanzas de un heredero, Felipe se ausentó de Inglaterra, llamado a Flandes por D. Carlos, a cumplir otros superiores destinos impuestos por la abdicación del Emperador, que echaba sobre sus hombros el peso del gobierno del trono más importante de la tierra, que era el de España.

En 1540 había recibido Don Felipe el ducado de Milán y el 25 de Julio de 1554, para que al casarse con la reina de Inglaterra ostentase también, la dignidad real, recibe el título de rey de Nápoles. Pero fueron las abdicaciones de 25 de octubre de 1555 y

la de 16 de Enero de 1556, las que hicieron a Felipe soberano de los estados de Flandes y de los reinos de España con el vicariato supremo sobre los estados de Italia, cesión esta última a la que no dió su aprobación Don Fernando, que había recibido el imperio y los estados hereditarios de Austria. Don Carlos, considerando cumplido su glorioso fin, se retiró a Yuste. Dejaba preparada la hegemonía española en el mundo, de la que sería Felipe II el más alto representante.

Felipe, desde el primer momento de su reinado, tropieza con la hostilidad francesa. La tregua de Vaucelles, firmada por 5 años, el 15 de Febrero de 1556, fué rota por Enrique II de Francia en Noviembre del mismo año. La estrecha unión de España e Inglaterra, que había culminado en el casamiento de Felipe y María, era un estímulo e incentivo más a la enemiga de Francia. Realmente, entre los soberanos de Inglaterra y Flandes unidos, Francia quedaba emparedada. Entonces se acentúa la inverosímil alianza de Francia y el Papa contra el monarca español, martillo de herejes y espada de la cristiandad.

Cae fuera de nuestro propósito el estudio de este episodio histórico, repetición del de Clemente VII, uniéndose a los enemigos de Carlos V. Era el dominio español en Italia lo que unía a los enemigos de España. Siempre lo fueron los franceses. El cardenal Caraffa, luego Paulo IV, lo era también irreconciliable.

La lucha alcanzó a Italia, donde entró un ejército francés, al mando del duque de Guisa. Contra él marchó el duque de Alba, que por orden de Felipe II invadió los Estados Pontificios. Ya los teólogos, y a su frente Melchor Cano, habían dado un dictamen al rey de que era lícito declarar la guerra al Papa, en cuanto soberano temporal. El duque de Alba, obligó a los franceses a levantar el sitio que habían puesto a Civitella y unas epidemias y la derrota de San Quintín, obligaron a Guisa a retirarse de Italia con sus tropas para acudir a la defensa de Francia.

El duque de Alba entró en Roma, fué recibido por el Papa, le pidió perdón arrodillado, le fué levantada la excomunión que contra su monarca y contra él se habían lanzado y exigió al Papa el apartamiento de Francia y la neutralidad futura, imponiendo además en Italia otras condiciones adecuadas a mantener allí un estado de tranquilidad que le consintiese emplear en Francia toda su fuerza.

Un verdadero ejército internacional, compuesto por españo-

les, flamencos, húngaros y alemanes, preparó Felipe para esta empresa. A él contribuyó Inglaterra, a ruego directo y personal de Felipe, que hizo para esto un viaje a las islas, con un cuerpo de ejército de 8.000 hombres que al mando de lord Pembroke, fueron a Flandes, contra el parecer del consejo privado inglés, opuesto a una acción de guerra contra Francia.

El mando de esta fuerza se encomendó a Manuel Filiberto, duque de Saboya, al que Francia había desposeído de sus estados. La caballería la mandaba el conde de Egmont. En el ejército francés figuraban el almirante Coligny, el condestable de Montmorency, el duque de Enghien y el conde de Turena. Son los objetivos Mariemburgo y San Quintín. Se amenaza a Mariemburgo y se ataca a San Quintín. El choque se produce con las tropas de Montmorency que va a socorrer la plaza. Lo envuelve la caballería de Egmont; tropas del rey de España pasan el Somme (el valor de estos nombres en los días que vivimos pregonan la grandeza antigua e inmortal de España); de frente y de flanco son arrollados los franceses, y más de 10.000 muertos y muchísimos prisioneros, entre ellos lo más distinguido de Francia, anuncian el triunfo glorioso de San Quintín, del 10 de Agosto de 1557, que representa una piedra fundamental en la prepotencia y la hegemonía indiscutible que, en lo sucesivo, ostentó en el mundo España. Entonces fué la ocasión de ir sin descanso sobre París. El mismo Emperador, en Yuste, cuando supo la noticia de la victoria, preguntó si su hijo había entrado ya en París, y este fué el deseo del duque de Saboya. Los franceses esperaban llenos de espanto, la llegada a París de Felipe II con su ejército, pero el rey, con prudencia quizás excesiva, escogió la tarea de rendir San Quintín que, en efecto, a los 17 días de la batalla, el 27 de Agosto de 1557, se rindió y allí cayeron prisioneros Coligny, Andelot, el hijo de Montmorency y otros muchos. ¿Qué consideraciones pudieron inducir a Felipe a no marchar sobre París? Quizás la falta de recursos pecuniarios, contra la que siempre estaba luchando; acaso por no quedar aislado en París, sin comunicaciones con sus bases de operaciones o porque temiese, como en efecto sobrevino, la retirada del auxilio inglés. Apresuradamente el duque de Guisa, desde Italia donde ayudaba al Papa, logra escapar de la persecución del duque de Alba y entra en Francia, con tan buena fortuna, que, en pleno invierno y en aquellas circunstancias, se apodera de Calais, resto valiosísimo

de las antiguas posesiones inglesas en Francia, de Guines y de Ham. Inglaterra se consterna, por la pérdida de Calais. La reina, ya muy enferma, dice, que si le abrieran el corazón, encontrarían en él grabada una palabra: Calais. Francia continúa cosechando éxitos. Thionville cae en poder del duque de Guisa el 22 de Abril de 1558 y el mariscal de Thermes conquista Dunkerque, Bergues y Nieuport. Pero el 13 de Julio de 1558 el conde de Egmont, obtiene la victoria de Gravelinas a la que concurre también una flota inglesa, que batió el flanco derecho de los franceses mientras el heroísmo de los arcabuceros españoles, les privaba de los apoyos de su flanco izquierdo.

Los ejércitos de Filiberto de Saboya y el duque de Guisa, volvieron a encontrarse frente a frente, pero detuvo sus armas la iniciación de las negociaciones de paz, que apresuraron las intrigas políticas contra el duque de Guisa en Francia y la necesidad de atajar los abusos del calvinismo en Francia y Flandes. Era una dificultad para la paz, lo que había de hacerse con Calais, irrenunciable para Francia y para la reina María Tudor, la esposa de Felipe II. Muerta ésta en 17 de Noviembre de 1558 y sucedida por su hermana Isabel, tan justamente sospechosa para Felipe, no insistió éste en la plena e inmediata restitución de Calais a Inglaterra, y el 3 de Abril de 1559, firmóse el memorable tratado de Cateau-Cambresis, que negociaron por parte de España el duque de Alba, el cardenal Granvela, el Príncipe de Orange y Ruy Gómez de Silva.

Por virtud de este tratado, la situación de España en Italia, se afirmó de modo definitivo. Francia cedía sus derechos y conquistas en suelo italiano. La Saboya, a excepción de unas plazas litigadas en el Piamonte, fué devuelta a su propio duque, que de modo tan gallardo y glorioso había peleado y que casaría con Margarita, hermana del rey francés. Las conquistas hechas, deberían ser devueltas. La amistad entre Francia y España, se sellaba con el matrimonio de Felipe, ya viudo de la reina de Inglaterra, con Isabel de Valois, encantadora hija del rey Francés, y da un marcado carácter a esta paz, el que se acuerda que Felipe y Enrique unirían sus esfuerzos para combatir la herejía en todos los países cristianos.

El sentido de este tratado y este factor sinceramente religioso, que une a los monarcas de dos reinos que tan constantes guerras habían sostenido, ya nos está indicando que este factor re-

ligioso, ha venido a ser el motor de toda la vida de Europa en esta época: de la individual y de la colectiva, de la familia y del estado; de la ciencia y el arte; y que la lucha y la división iniciadas por la Reforma protestante, en los tiempos del Emperador, contra la que éste de modo tan constante luchó, ha alcanzado la plenitud de su desarrollo, hasta el punto de serlo todo en la sociedad.

Este es el momento también, en que culmina el papel providencial de España. Ya sintió profundamente el Emperador, que era su destino luchar por Dios y por la Iglesia católica, apostólica y romana. Podría aspirar o no a la monarquía universal, pero a lo que indudablemente aspiraba era a sostener la unidad de fe y de doctrina en el mundo, poniendo a su servicio cuanto él significaba. Por eso su política es rectilínea. Se indigna contra Francia, ¡que se une a los turcos enemigos del nombre cristiano, en lugar de unir sus esfuerzos, para combatirlos!, y sostiene la lucha contra todos los príncipes alemanes, para mantener la verdad de la doctrina católica.

Pero esto que el Emperador hacía y practicaba, culmina más todavía en Felipe II, porque es en el reinado de éste, cuando la pasión religiosa se ha infiltrado absolutamente en toda la vida social de Europa.

Carlos V, hace a la política y la tolerancia, las concesiones que representa el Interim de Augsburgo y el tratado de Passau. Hay en su conducta, mezclada al mayor celo religioso, algo de preocupación política. Felipe es la encarnación completa del poder al servicio de Dios y de la Iglesia sin desvío ni atenuación alguna. Para esto Dios le ha dado su autoridad y su influjo, para que lo sirva y vele por su ley y su gloria. Así decía, que más quería perder todo su reino que reinar sobre herejes; y esto en su boca no era un dicho vano. En servicio de Dios y de la fe combate y lucha en todos los lugares del mundo, sin desmayos, sin debilidades, sin temores a esfuerzos y sacrificios, acompañado de la adhesión de España, inflamada en los mismos sentimientos de proselitismo y fervor.

Aquí se inicia también un nuevo aspecto de la política de España con Inglaterra, que ha de llenar muchas páginas de nuestra historia y de influir poderosamente en nuestros destinos. Interesante es considerar la relación de nuestros días con aquel momento.

El advenimiento al trono de Isabel de Inglaterra, significó en el orden religioso, político y familiar la antítesis de lo que había sido el reinado de María Tudor. Felipe lo percibió pronto. Quiso salvar el interés constante que para Dios y España significaba mantener una Inglaterra católica y ligada a nuestra patria y hasta intentó conseguir la mano de Isabel. Este propósito no tuvo éxito y el duque de Feria, embajador español en Londres, reflejando, además, la opinión de otros elementos, porfió al rey que Inglaterra fuese conquistada a sangre y fuego antes de dejar que se consolidase el orden de cosas que representaba Isabel. Realmente fué este un momento único y una visión extraordinaria a la que hay que dar el relieve que merece. En aquel instante España podía considerarse omnipotente e Inglaterra débil. La suerte de España y la del mundo hubiera cambiado.

Felipe adoptó el partido de la paz, pero ante una Inglaterra más que sospechosa, estrecha su amistad con el soberano católico de Francia y ello se traduce en la obligación sincera que contraen los dos reyes en Cateau-Cambresis de combatir la herejía en todos los países cristianos.

Otra consideración, entonces de indudable fuerza, inspiraría la política de España respecto de Inglaterra. Felipe, de momento, no podía pensar en una acción decisiva y a fondo contra Isabel, en tanto ésta no diera lugar a ello. La desaparición de Isabel del trono de Inglaterra, hubiese representado el advenimiento de la sucesora legal, María Estuardo, mujer entonces del Delfín de Francia, luego rey con el nombre de Francisco II, y las coronas de Francia e Inglaterra unidas en el mismo matrimonio, puede pensarse lo que hubieran representado para España y para sus dominios, principalmente los flamencos y los italianos.

Cuando se celebraba un torneo, el 10 de Julio de 1559 para festejar las egregias bodas acordadas en Cateau-Cambresis, una astilla de la lanza del capitán de las guardias reales, conde Gabriel de Montgomery, penetró en la celada del rey Enrique II y éste fué herido mortalmente. Viene su herencia a un rey casi imberbe, enfermizo y débil, que fué Francisco II, el marido de María Estuardo. Esto debilita a Francia tanto como acrecienta la figura hegemónica de Felipe II. En 1559, firmado el tratado de Cateau-Cambresis y muerto Enrique II de Francia, no hay en todo el mundo figura comparable a la del rey de España.

No lleva el título de Emperador, pero puede asegurarse que

más que nunca existe y brilla el Imperio español, extendido y difundido por todas las tierras y continentes. El mundo entero está pendiente de las resoluciones y actos de Felipe II, que desde la soledad del Escorial, expide sus decretos, que han de cumplirse y servir de ley, a tierras de todas las latitudes y gentes de todas las razas.

La acción internacional de España forma la Historia Universal.

El sentido religioso de las luchas de estos tiempos no lo determina el luteranismo como en los del viejo Emperador, ni es Alemania el teatro de las contiendas religiosas. El luteranismo se ha refugiado en los palacios de los príncipes que le son adictos, y Alemania bajo el Interim de Augsburgo disfruta una especie de equilibrio entre católicos y protestantes que la libra por ese momento, del azote de las guerras civiles.

El enemigo de la Iglesia y perturbador de la paz de los estados, es ahora el calvinismo. Calvino ha fundado su iglesia en Ginebra, y ésta es la que se levanta contra Roma, agita las conciencias y lleva a la guerra. Primero en Francia o en los países de lengua o influencia francesa, que no en vano había sido formulada la doctrina por franceses, pero se extiende también a Heidelberg, Bohemia y Hungría. En Francia y sobre todo en los Países Bajos, Walones y Flamencos, es donde la potencia española, erigida en defensora de la Iglesia, va a librar los primeros encuentros con este poderoso adversario. Luego habrá encuentros en Escocia y por último en Inglaterra. El momento culminante será aquel en que Inglaterra se coloque a la cabeza de los enemigos de Roma con su propia doctrina. Entonces sobrevendrá entre Madrid y Londres el choque que lleva envuelto el predominio en Europa.

Un examen exacto de las relaciones internacionales en este período, enseña que en la realidad, estas no se dan sólo entre los Estados, sino que hay que tener en cuenta los partidos político-religiosos, organizados y hasta en armas dentro de los Estados. Se puede estar bien con los poderes oficiales y sostener luchas en un país. Conservar la paz con un gobierno y hostilizarlo poderosamente, favoreciendo a sus enemigos interiores y rebeldes. Este arma se usó del modo más alevoso, frecuente y, por desgracia, eficaz, contra España.

La verdad es que por encima de fronteras y gobiernos se lucha o con España por la fe o contra España por la herejía.

La muerte de Enrique II en 1559 tuvo para Francia las más terribles consecuencias. Todos los progresos de los últimos reinados, corrían el riesgo de desaparecer. Los avances del centralismo y la organización franceses, sobre la antigua monarquía feudal, pudieron considerarse amenazados, así como la capacidad expansiva y universalista de la potencia francesa, que la había constituido una rival digna de los poderosos Habsburgo-Borgoña.

La sucesión masculina de Enrique II era bien triste. Francisco II, con 15 años enfermo, neurasténico y con tres hermanos: Carlos IX, Alejandro, que tomará el nombre de Enrique III y Hércules, con iguales lamentables características fisiológicas. Su madre, Catalina de Médicis, se siente espantada a la muerte de su hijo mayor Francisco II, al verse con unos hijos pequeños, un reino dividido por inmensas luchas político-religiosas, y sin una sola persona de quien poderse fiar. Francisco está casado, con la seductora María Estuardo, de 17 años, también temperamento enfermizo, reina titular de Escocia. Los próximos parientes de María, los Lorena, detienen en Francia el poder; el Cardenal de Lorena, de quien decía un embajador toscano, que era Papa y rey en Francia y el duque de Guisa, el vencedor de Calais. Sienten por la reina madre Catalina de Médicis, la comerciante de Florencia como la llamaban, el más profundo menosprecio, pero la sirven hasta en sus odios, al mismo tiempo que sirven su ambición. Frente a los Lorenas están los Borbones, quebrantados por el amargo recuerdo de la conducta del condestable de Borbón, a quienes su condición y su título de "Príncipes de la sangre" permitirán oponerse con la fuerza de lo nacional a los "Príncipes extranjeros" como consideraban a los Lorenas. Destaquemos y recordemos a Antonio de Borbón, duque de Vendome, que por su matrimonio con la hija de Enrique de Albret y de la hermana de Francisco I, lleva el título de rey de Navarra, y a Luis de Borbón, príncipe de Condé.

Los protestantes habían saludado la muerte violenta de Enrique II, como un golpe de la justicia divina. Pero Felipe II ofreció poner a disposición de su sucesor las tropas que necesitase para exterminar la herejía. Esta era sin embargo ya en Francia poderosa y contaba con fuertes apoyos en los mismos dominios

de la corte. Más o menos públicamente estaban adheridos a la causa de la reforma los famosos hermanos Chastillon, destacados representantes de la gran aristocracia francesa, bien asentados en los más grandes cargos de la Iglesia y el estado: Odet, Cardenal arzobispo de Bauvais; Gaspar de Coligny, almirante de Francia, el defensor de San Quintín, y Francisco d'Audelot, general de la infantería. En 1561 Coligny hablaba de 2.500 iglesias erigidas y pide a Ginebra 6.000 ministros para atender los nuevos fieles. Bernardo de Pálissy nos muestra el domingo, "los compañeros de oficio" paseándose en formación de tropas por el campo cantando salmos. Pero lo extraordinario es la formación de un protestantismo señorial de los nobles territoriales, de tan profundas raíces en Francia. Chantonnay, embajador de Felipe II, escribe a éste que suman varios millares. Estos señores, como la reina de Navarra, mujer de Antonio de Borbón, en su reino pirenaico, practican la doctrina "cujus regio hujus religio" y llevan a la causa de la reforma en masa a sus vasallos y censatarios.

¿Cómo ha de extrañar que estas rivalidades, odios y diferencias vengan a resolverse por la fuerza de las armas, en medio de las mayores persecuciones? El poder, con la significación católica, lo ostentaban los Guisas; el bando de enfrente estaba capitaneado por Luis de Borbón, príncipe de Condé. Las guerras civiles y religiosas se suceden hasta ocho en un período de más de 30 años. Uno y otros jefes caen asesinados. Condé, un príncipe de la sangre, es condenado a muerte el 26 de Noviembre de 1560. Pero diez días después de esta condena y antes de que se hubiera ejecutado, muere el rey Francisco II y le sucede su hermano, de 10 años, Carlos IX.

Con el nuevo reinado la influencia de los Guisas sufre un cambio profundo. Termina, por ahora, su absoluta dominación; aunque siempre conservan su gran significación e influencia católica.

La menor edad del rey exige una regencia, que correspondía a Antonio de Borbón, rey de Navarra, pero éste renuncia a ella en favor de la reina madre Catalina de Médicis, a condición de que le fuese otorgada y reconocida, la posición inmediata a la de aquélla. Con esto se definió y consolidó de modo absoluto, la influencia y el papel de Catalina de Médicis en este agitado período de la política francesa.

La acción hegemónica de Felipe II de forma primordial, se dejó sentir en Francia. Apoyó resueltamente a los elementos católicos franceses, con toda su significación y su poder. Pero durante el reinado de Francisco II su situación era difícil y hasta paradójica porque no podía olvidar, ya lo hemos indicado, que su mujer era María Estuardo, y que los Guisas dominaban completamente a ésta. Ahora bien, sus representantes en los Países Bajos, la gobernadora Doña Margarita y Granvela, le hacían presente que los franceses en Escocia eran una amenaza directa para los intereses de España.

Al venir Catalina de Médicis a la regencia de Francia, Felipe tiene que contrarrestar sus vacilaciones y veleidades, presionándola para que perseverase en la lucha contra la herejía. Para ello se sirve no solamente de su embajador Chantonnay, hermano de Granvela, sino también de su nueva esposa Isabel de Valois. Esta fué encargada de impresionar a su madre, Catalina de Médicis, anunciándole una invasión de Felipe en Francia, en caso de que la Regente faltara o se debilitase en su deber de exterminar la herejía. Una mutación de religión en Francia, le escribía, le afecta más que a nadie, pues siendo Francia hereje Flandes y España están muy cerca. Catalina, temerosa, le respondió haciendo protestas de la pureza de su fe, pero que ella entendía ser dueña en el reino de su hijo, y que su yerno, Felipe II, decía, es demasiado "príncipe de verdad", de virtud y de palabra, para emprender una guerra, sin justo motivo.

Cuando en 1561, Catalina se inclinaba a apoyarse en los Chastillon contra los Guisas y por el edicto de Enero de 1562 su Condestable L'Hospital quería constituir una especie de *Interim*, al que se sometiesen las diferentes iglesias, hasta Roma parecía resignarse a lo que Catalina presentaba como "pura necesidad" ofreciendo la partida de sus obispos para Trento, y solamente Chantonnay, el embajador de Felipe II, tenía la amenaza en la boca.

En estas relaciones de Francia y España hay un hecho muy saliente: las entrevistas de Bayona de 1565, en las que se ha creído ver el origen de las matanzas de hugonotes de la Saint-Barthélemy, que se ha sostenido, nada menos que fueron propuestas por Felipe II a su suegra.

Para asentar Catalina la autoridad del rey su hijo, que a los 13 años había hecho proclamar mayor de edad, sobre el amor y el co-

nocimiento de sus súbditos, realizó un largo viaje por todas las comarcas de Francia, que duró desde Marzo de 1564 hasta Mayo de 1566, en el cual llegó la corte a la frontera de España. Catalina deseaba vivamente ver allí a su yerno, desvanecer algunos errores pasados, y siguiendo la política matrimonial, con la que pretendía fortalecer su poder y su Casa, casar su hija más pequeña, Margarita, con el príncipe Don Carlos, hijo varón de Felipe II, o con un Habsburgo de Alemania, y a su hijo con la viuda de Portugal, Doña Juana. Aunque esta política matrimonial la aproximaba al catolicismo, Don Felipe no iba tan a prisa. Quería obtener previamente de Catalina, la obligación de que ayudaría a reprimir la herejía, y que sería ahogado el foco de calvinistas franceses que infestaba los Países Bajos, pues sabía perfectamente que entre Guillermo de Orange y Luis Condé, gobernador de Picardía, se mantenía correspondencia. Por otra parte, no quería dar motivo para que se inquietase Isabel de Inglaterra, con la que no había roto. Se abstuvo de ir él personalmente a Bayona, y envió a la reina Isabel para que viese a su madre, acompañada por el duque de Alba. La repercusión de esta entrevista, fué, sin embargo, inmensa entre los protestantes. Sabían que los enviados españoles habían conferenciado con los consejeros del rey de Francia, que algunos católicos habían hablado de cortar la cabeza a los jefes del partido hugonote, y así se explica, que al sobrevenir en 1572, las matanzas de la Saint-Barthélemy, se creyese que estaba su raíz en las entrevistas de Bayona de 1565.

Pero esto ni está probado, ni puede creerse. Es indudable que el duque de Alba exigió la defensa del catolicismo y ofreció la ayuda de España, principalmente pecuniaria como se venía practicando, pero parece completamente caprichoso y propio de los fomentadores de la leyenda negra de Felipe II y de España, otra clase de sugerencias respecto a sucesos pasionales, separados por siete años de fecha.

Los hugonotes franceses odian al rey de España y ayudan, con todos sus medios y energías a sus enemigos, principalmente en los Países Bajos. Coligny, en pleno Rosellón, insulta a Felipe II y en una de sus veleidades Catalina, descontenta de Felipe, ya viudo de Isabel de Valois, porque impide a Margarita casarse en Portugal y arrebatada a Carlos IX de Francia la hija del Emperador de Austria, llevada también de su odio por el Cardenal

de Lorena, se une al mariscal de Montmorency y el 8 de Agosto de 1570 el edicto de San Germán constituye para los hugonotes un triunfo inesperado.

Esto era poner fin a la política de unión a Felipe II y Carlos IX no teme en decirse amigo de los Nasseau y en aproximarse a Isabel de Inglaterra. Esta permanece aparentemente neutral, pero en realidad mantenía en el mar una terrible guerra no declarada, en la que perjudica cuanto puede a España y favorece poderosamente a sus enemigos.

En el año 1570 se indica, pues, no solamente una transformación de las alianzas francesas, distanciándose de Felipe II, sino también de la política europea.

Se comprende que un cambio profundo había operado el anormal Carlos IX en las direcciones de la política interna francesa. De enemigo de los calvinistas había pasado a ser dirigido por su principal representante. Coligny vino a París. Carlos le recibió tan efusivamente, que hasta le besó y abrazó llamándole "padre mío". Le restauró en todos sus puestos y le pidió consejo en los asuntos públicos. Naturalmente, el consejo de Coligny fué que se hiciera la guerra al rey de España. Era un incentivo que los ya rebeldes de los Países Bajos pedían auxilio al rey de Francia.

Se prodigó, pues, la política antiespañola. Los consejeros del rey de Francia trataban con los enemigos de España. Se proyectó el casamiento de Margarita de Valois con Enrique de Borbón, el hijo de la reina hugonote de Navarra, y hasta se planeó la guerra general contra España, según escribió el embajador de España, Francés de Alava al duque de Alba, el 8 de Agosto de 1571. El rey de Francia delineó un plan de división de los Países Bajos entre Francia, Inglaterra y el Imperio. Coligny, jefe de los hugonotes y miembro del consejo real, era como el alma de estos propósitos.

No es extraño, pues, que volviendo a prácticas antiguas, Francia resucitase una política favorable a los turcos, en los instantes que Solimán preparaba un ataque general a la cristiandad. Pío V quiso oponer a este ataque decisivo de los turcos, una Liga general del mundo cristiano, con el apoyo del embajador español D. Luis de Requesens, y en este momento Francia, con gran escándalo del pontífice, ofrece su mediación en las diferen-

cias que con los turcos tenía Venecia por la posesión de Chipre, para restarla así de la coalición.

Pero el 7 de Octubre de 1571, la gloriosa victoria de Lepanto ofrece al mundo el sublime espectáculo de hasta dónde llega la grandeza de España y su poder para las batallas de la fe.

Francia, sin embargo no aclaraba su actitud. Catalina formaba en Burdeos una escuadra al mando de su primo Strozzi, y Felipe, que se preguntaba a dónde iría esta amenaza, si a Portugal, Florida, Nombre de Dios, Zelanda o Argel, se mantenía a la expectativa. Al mismo tiempo, existían preparativos militares franceses en Picardía, Delfinado y Provenza, juntos con preparativos ingleses y hasta alemanes. En Mayo de 1572 pudieron creer los hugonotes que había llegado la hora de su victoria. Carlos IX exalta su imaginación, para oponerse a la grandeza de España. Envía socorros a Luis de Nasseau, que recibía, también, dinero de Isabel de Inglaterra. Los rebeldes de los Países Bajos parecen disfrutar días de éxito. París recibía a la corte de Navarra con su acompañamiento de hugonotes, para celebrar el matrimonio de Margarita de Valois y Enrique de Borbón a pesar de la negativa del Papa a conceder la dispensa. El rey decía, de acuerdo en esto con Catalina: si el Papa se empeña en hacer la bestia, yo mismo tomaré a Margarita de la mano y la llevaré a casar públicamente al oratorio evangélico. En esta corriente, tres semanas después de la firma del contrato de matrimonio, había sido firmada una alianza defensiva con Inglaterra, contra España.

El 18 de Agosto de 1572 se celebra el matrimonio de Margarita con el Bearnés, pero justamente la víspera, D. Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, había derrotado y destruído al ejército, imprudentemente enviado por Carlos IX de Francia, al mando de Genlis, para socorrer a Luis de Nasseau, sitiado en Mons. Genlis mismo fué herido y hecho prisionero. Aquella derrota produjo el espanto. Catalina y sus consejeros, veían pavorosos llegar por momentos la guerra con España. No perdonaban a Coligny haber creado aquella situación diciendo: Quien impida la guerra con España no es buen francés y lleva la cruz de Castilla en el pecho. Los católicos, y a su frente los Guisas, reaccionaron. El 22 de Agosto, Coligny, al salir del Louvre, mientras iba leyendo una carta, fué herido por un tiro que le disparó un amigo de los Guisas, Maurevert. El rey recibió la noticia jugando a la raqueta; indignado, lanzó un juramento y partió a

visitar al herido, enviándole a su médico, el famoso cirujano Ambrosio Paré. Prometió castigar al culpable. Pero los hugonotes estaban aterrados. Lo mismo lo estaban Catalina y la corte. ¿Actuó Catalina sobre su hijo, vacilante y débil, hasta convencerle que el solo medio de evitar una revolución en París, exaltado y creyente, era matar a todos los jefes hugonotes, reunidos allí con motivo de la boda? Lo cierto es que el 23 de Agosto de 1572, celebró Catalina un consejo, al que asistieron su hijo el duque de Anjou, el mariscal Tavannes, el duque de Nemours, padrastro de los Guisas, Nevers, el canciller Birago y Gondí, conde de Retz.

El resultado de las deliberaciones se manifestó en seguida. En la madrugada inmediata, del 24 de Agosto de 1572, día de San Bartolomé, al toque de rebato de la campana de San Germán l'Auxerrois, turbas armadas, dirigidas por los Guisas, el bastardo Angulema, gran prior de Malta, hermano del rey y otros nobles católicos, lanzáronse por las calles de París. Un grupo capitaneado por Guisa, marchó al domicilio del almirante Coligny. Penetraron unos cuantos en su habitación, y, después de atravesarlo con una lanza, le arrojaron por la ventana al patio, donde esperaba Guisa. Su cadáver fué colgado en la picota pública de Montfaucon. De la matanza se libraron Enrique de Navarra y el Príncipe de Condé, que estaban en el Louvre, porque abjuraron del calvinismo e hicieron profesión de la fe católica. Sólo en París los muertos fueron varios millares. La matanza de hugonotes se extendió a las provincias. ¿Esta tragedia fué premeditada en todas sus proporciones? El embajador español Zúñiga escribió, que fuera del caso de la muerte del almirante Coligny, lo demás fué debido a un movimiento inopinado. Los protestantes creyeron que aquel plan, se había fraguado en las entrevistas de Bayona de 1565. Pero esto está negado por la política posterior de Catalina.

La Saint-Barthélemy, influyó favorablemente en la política española. Guillermo el Taciturno dijo: ¡Qué golpe de maza ha sido para nosotros! Como que esperaba el envío de los 12.000 arcabuceros que ya le había anunciado Coligny.

Continúa la guerra civil y religiosa desencadenada en Francia, con reflejos inmensos en la política española, mientras reinó la triste descendencia de Enrique II. Carlos IX muere el 29 de Mayo de 1574 y le sucede su hermano, entonces rey de Polonia,

con el nombre de Enrique III. Todavía quedaba otro hermano, el duque de Alençon, libertino y disoluto, que en su ambición sueña un matrimonio con la reina de Inglaterra y alzarse con la soberanía de los Países Bajos. La acción perturbadora del duque de Alençon en los Países Bajos se prolonga y no puede pensarse que lo haga sin acuerdo y concierto con su hermano el rey y su madre Catalina de Médicis. La indignación de Felipe II contra Enrique III de Francia le llevó a sostener una gestión diplomática, para llegar a un acuerdo con Enrique de Borbón, jefe del calvinismo francés y titulado rey de Navarra. Felipe II prometió a Claudio de Bourg, emisario de Enrique de Navarra, que había llegado el 2 de Agosto de 1577 con una carta laudatoria para Felipe II, la ayuda pecuniaria de éste, y agregar la Guyena al Bearnés, si la lucha en Francia se promovía. Se proyectó casar al duque de Alençon con una infanta española dándole en dote los Países Bajos, y Felipe, si acogió al principio este propósito, en definitiva lo rechazó, por las deplorables condiciones morales del candidato, de no muy segura ortodoxia. También Inglaterra se hubiera opuesto a este proyecto, consecuente con su política de que la otra orilla del canal, no estuviese en manos de un príncipe francés.

Otro motivo de disgusto con la corte francesa lo tuvo Felipe en la ayuda que prestó a D. Antonio, el Prior de Crato, pretendiente al trono de Portugal, contra Felipe II. Apoyado por sus partidarios y por Francia, pudo el Prior hacer de las Azores un baluarte de su pretensión. Repetidamente rechazaron las expediciones de Felipe. La expedición de Pedro Valdés contra la Isla Tercera, fué rechazada y lo mismo la de Lope de Figueroa. Pero el insigne y olvidado granadino D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, resolvió definitivamente la cuestión, con la memorable victoria de las Islas Terceras, que deshizo el poder del Prior de Crato y a las naves francesas que lo apoyaban, cuyo jefe Felipe Strozzi fué muerto en la batalla.

En Febrero de 1582 se ve al ponderado y prudente Cardenal Granvela, inclinado poco antes a la boda del duque de Alençon con la infanta española, tratar de la posibilidad de una alianza de España e Inglaterra para castigar a Francia.

La situación se complica cuando muerto el duque de Alençon sin herederos y no teniéndolos tampoco Enrique III, se plantea la sucesión a la corona de Francia, que debía venir a Enrique

de Borbón, el Bearnés que abjurado el catolicismo había vuelto a ser hugonote y que por el asesinato de Guillermo de Orange, quedaba jefe del partido en el continente. Felipe no podía ver con indiferencia el advenimiento de Enrique de Borbón al trono de Francia. Ya en previsión de estos acontecimientos había reforzado su apoyo a la Liga católica francesa capitaneada por los Guisas y celebrado con ella un verdadero tratado, concertado en Joinville, el dominio de los Guisas, el 2 de Enero de 1585, por virtud del cual la sucesión de la corona de Francia recaería en el Cardenal de Borbón, lo que excluía a Enrique el Bearnés que representaba una línea mejor. Felipe prometía una subvención de 50.000 escudos españoles para los fondos de la Liga y ninguno de los aliados habría de tratar aisladamente con el rey de Francia. La Liga actuaba, pues, como soberana a despecho del mismo Enrique III, que tenía que someterse a sus imposiciones y verdaderas órdenes. En la jornada de las barricadas de París, el rey humillado y acusado de complacencia con los calvinistas, tuvo que huir.

Su jefe el duque de Guisa, estaba en constante relación con el embajador español, Mendoza. Se sabía que Enrique no quería la Liga, y bien lo dejó traslucir el 16 de Octubre de 1588, al abrir la sesión de los Estados Generales, en los que ella dominaba. Inglaterra ofreció su apoyo a Enrique para librarle de este dominio. Enrique no se atrevía a más: el rey de España estaba por medio y en aquellos momentos la Armada Invencible, se encontraba dispuesta para zarpar. Pero la Armada Invencible es destruída y en seguida en el mismo 1588, se estrechan las relaciones entre los reyes de Francia y de Navarra. Enrique de Francia se siente fuerte y se decide a dar a la Liga el golpe definitivo. El 23 de Diciembre de 1588, estando en Blois, mandó llamar a Guisa y a su hermano el Cardenal de Lorena. El duque dirigióse solo a la antecámara del rey. Los caballeros de su guardia, llamados los cuarenta y cinco, se hallaban convenientemente apostados y al penetrar el duque en la estancia recibió una puñalada, y sin tiempo para sacar la espada y defenderse, fué acribillado y muerto en los mismos umbrales del gabinete real. El Cardenal fué reducido a prisión y ejecutado al día siguiente. Sus cuerpos fueron quemados y sus cenizas arrojadas al río Loira. Se quería borrar todas sus huellas. El mismo rey dió la noticia a su madre, que estaba en cama, diciéndole: ahora ya soy rey de Francia; he ma-

tado al rey de París. Su madre le contestó: Dios quiera que sea así, hijo mío. ¿Pero tienes seguridad en las otras ciudades? No está todo en cortar, hay que coser. A los pocos días murió Catalina de Médicis, el 5 de Enero de 1589.

La noticia del asesinato de Guisa la llevó a París un enviado especial del embajador español Mendoza. París se levantó contra el rey. La guerra civil se encendió de nuevo con violencia inusitada. El duque de Mayenna, hermano de Guisa, fué dueño de París. Los doctores de la Sorbona declaran al pueblo que estaban desligados del juramento de fidelidad a Enrique III y tenían derecho a sublevarse en defensa de la Iglesia. El embajador de Francia, marqués de Pisani, comunicó al Papa estas noticias de parte del rey, quien envió también a Claudio de Angennes, obispo de Le Mans, a solicitar su absolución. Los jefes de la Liga y el embajador de España cerca del Papa, conde de Olivares, se opusieron a que se le concediese, y en efecto, el Papa rehusó la absolución, hasta que fuesen puestos en libertad el arzobispo de Lyon y el cardenal de Borbón. El embajador español, Mendoza, abandonó también la corte y actuó en París por completo de acuerdo con la Liga y como consejero de la misma.

Enrique III llamó en su auxilio al rey de Navarra. Este entró en Tours con un ejército calvinista. Los dos reyes reunieron un ejército de 40.000 hombres: realistas, hugonotes, suizos, alemanes, y fueron contra París. El 2 de Agosto se daría el asalto y París tendría que rendirse. Pero el día anterior un fraile joven, dominico, llamado Jacobo Clemente, consiguió ser admitido a la presencia del rey, en Saint-Cloud, para comunicarle un secreto; le entregó una carta y mientras la leía, con un cuchillo que llevaba escondido en la manga, le dió una puñalada en el vientre, de la que murió al día siguiente, 2 de Agosto de 1589, después de reconocer a Enrique de Navarra por heredero suyo, y recomendar a todos los presentes que lo reconociesen también. Se dice que a Enrique de Navarra le recomendó que se hiciese católico, pero esto no se puede asegurar, porque no se sabe que en aquellos instantes se hallase presente.

El gran problema que para Francia y para Felipe II representaba el advenimiento a aquel trono del jefe del partido protestante, estaba planteado; pero antes de pasar a este punto tenemos que tratar de las relaciones de España e Inglaterra en esta época, porque aquí está la gran cuestión que, de modo decisivo,

afectó a la situación internacional de España en lo sucesivo e influyó en todos sus problemas.

Desde luego, Isabel de Inglaterra no tiene en el principio de su reinado, la pasión protestante, que había animado a su hermano y antecesor Eduardo VI.

Lo mismo ella que su ministro Cecil, deseosos de liberar a Inglaterra de influencias exteriores y unificar el reino, no quieren, ni entrar resueltamente en el calvinismo, ni romper por completo la relación con Roma. Por eso rehusa el título de Jefe Supremo de la Iglesia que la reacción anticatólica, después de María Tudor, le tributa, y resiste el proyecto del parlamento de volver a llevar a Inglaterra plenamente al calvinismo de Eduardo VI y al *Common prayer book*. Ella hubiera querido, y lo mismo Cecil, volver sencillamente a la situación eclesiástica definida por Enrique VIII: una Iglesia, casi católica, por su dogma, su liturgia y su jerarquía, pero verdaderamente anglicana en cuanto a su dependencia del soberano. Personalmente se la considera bastante indiferente en materia religiosa. Educada en la adversidad, ha adquirido un gran poder de disimulo y una educación de la voluntad y hasta del gesto que le será de aplicación y de provecho en muchos momentos de su vida. Cada vez más fué acentuando, sin embargo, su política y significación religiosas hasta venir a ser la gran reina del protestantismo.

Ya hemos dicho, que Felipe II, para conservar una Inglaterra católica y amiga de España, intentó casarse con Isabel. El ofrecimiento se hizo por medio del embajador español, Feria, a mediados de Enero de 1559. Isabel, contestó significando las dudas que tenía sobre el poder del Papa para dispensar de los impedimentos matrimoniales, y, además de otras razones, parece que alegó que no era católica. Felipe no sintió la negativa; ya había significado a su embajador, que este era un sacrificio que hacía en servicio de la religión católica. Pensó y creyó probable el casamiento de Isabel con alguno de sus primos austríacos, Fernando o Carlos, con lo que se hubiese conseguido análogos fines que él perseguía.

Es muy curioso otro aspecto de la negociación relativa al matrimonio de Felipe e Isabel de Inglaterra. Mientras se creyó posible, Francia negoció activamente con el Papa Paulo IV, Carraffa, el gran enemigo de Felipe y de España, que no concediese la dispensa para este casamiento de Isabel con su cuñado. El

Papa decía al embajador francés, que no podía prometer negarse a conceder las dispensas necesarias para el matrimonio si las llegaban a solicitar, pero que él no podía imaginarse, que hubiera ninguna mujer inglesa capaz de casarse con un aborrecible español.

Al advenimiento de Isabel se negociaba el tratado de Cateau-Cambresi. Había acuerdo en la devolución de las conquistas; pero contra este principio estaba Calais, que ni los franceses devolvían ni María Tudor renunciaba. Isabel pretendió también la devolución de la plaza y egoístamente procuró conservar para ello el apoyo de Felipe. Pero Calais había que conquistarlo por la fuerza de las armas, y en aquel momento el monarca español no iba a emprender una guerra contra un soberano católico, ya amigo, como Enrique II, en beneficio de una reina más que sospechosa de herejía como Isabel. Con todo parece ofreció a ésta, que acudiría a la violencia para ganar la plaza, si Inglaterra contribuía con hombres y dinero. Felipe e Isabel sabían que Inglaterra no estaba en condiciones de ello, por lo que fué necesario renunciar a la recuperación de Calais. Sin embargo la presión de Felipe consiguió de Francia, que ésta ofreciese devolver la ciudad al cabo de ocho años, o pagar medio millón de coronas de indemnización en caso de no cumplir la promesa. No se dió gran fe a este ofrecimiento, pero, por lo menos pudo decir Isabel, que siquiera habían salvado algunos restos del honor perdido. Inglaterra lo había logrado merced al concurso del rey de España.

Ardía Francia en luchas civiles y religiosas y en los Países Bajos se sostenía grave insurrección contra su legítimo soberano D. Felipe II e Isabel, solicitada y requerida, se niega a intervenir francamente entonces. Por sentimiento monárquico no quería ayudar a los rebeldes. Se alarmó cuando el duque de Alba llegó a los Países Bajos, pero una vez convencida que no quería pasar de allí, volvió a su política de prudencia y se negó a escuchar a las Iglesias de Flandes, a la condesa de Egmont, al mismo príncipe de Orange, sacrificándolo todo a su interesado deseo de paz. La necesidad imponía a Isabel y a su ministro Cecil esta política. No tenía ni dinero, ni ejércitos, ni marina para luchar contra las potencias católicas.

Pero aunque Isabel y Cecil desean evitar una guerra con España, para la cual no estaban preparados, no por eso dejaban de crearle todas las dificultades posibles.

Sabían que el triunfo de Felipe en los Países Bajos y la subsiguiente extirpación allí del protestantismo, significaría el triunfo de la causa católica y la confirmación de la hegemonía política de España sobre el mundo entero.

Los ataques, verdaderamente piráticos, dirigidos al comercio español por las naves inglesas, ya iniciados en los últimos tiempos de Enrique VIII, habían de ser en estos motivos de inagotables querellas y reclamaciones. Con la autorización de los caudillos hugonotes y protestantes flamencos, gran número de marinos de las costas meridionales y orientales de Inglaterra, atacaban, armados en corso, a los españoles, robándoles cuanto podían.

Estas depredaciones tuvieron por natural consecuencia que la Inquisición dificultase la gestión de los comerciantes y marinos ingleses en los puertos españoles. El hecho más grave surgió en 1568 en que se prohibió al embajador inglés Dr. Man que celebrase los divinos oficios conforme a los ritos protestantes. Isabel, de modo perentorio, reclamó y el embajador fué expulsado.

La ayuda prestada por los ingleses a los hugonotes franceses y a los rebeldes flamencos, principalmente en sus correrías marítimas fué cada día más ostentosa y amplia. Todo esto era causa más que suficiente de guerra, pero ni Felipe ni Isabel querían llegar a ella mientras no juzgasen la ocasión más oportuna y tuviesen resueltos los problemas que dificultaban su acción.

Inglaterra impulsaba poderosamente el desarrollo de su potencia marítima. Cecil, que aparentemente condenaba la piratería, tenía verdadera obsesión por las "cosas del Almirantazgo". Desde el principio del reinado se trazó un programa de construcción de buques que debía dar a Inglaterra una flota que, entre otros, tuviese 24 navíos de 200 a 800 toneladas. Era un motivo de contrariedad para Cecil no tener construídos más que 17 en 1565. Se ofrecieron primas a la construcción; se prohibió utilizar los bosques para usos metalúrgicos a menos de 40 millas de la costa; se hicieron informaciones sobre bosques episcopales, comunales y señoriales, sobre el cáñamo y el lino, y sobre el estado de los puertos; se exigieron contribuciones a las ciudades e impuestos sobre la cerveza para los trabajos de mejora de los puertos; se hicieron esfuerzos para reclutar marineros entre los pescadores y para favorecer la pesca vendiendo el pescado en Noruega, en Escocia y en Flandes; se hizo observar la abstinencia

no sólo en el viernes sino también en el miércoles, con tanto rigor como en los países más católicos. Sin duda, Inglaterra había encontrado su camino, pero esto tenía que hacerla chocar inevitablemente con España, en la lucha por la soberanía de los mares, que hasta entonces venía ostentando gloriosamente España, cuyo soberano la utilizó siempre en beneficio de la cristiandad como lo acreditaba Lepanto.

La sugestión del comercio con América, que España monopolizaba, despertó y desarrolló la práctica del contrabando por navegantes franceses, holandeses y, principalmente, ingleses. Se tomaron fuertes represalias contra los contrabandistas franceses que, protegidos por Coligny, intentaron fundar una colonia en la Florida, pero quedó demostrado lo lucrativo del contrabando, que se combinaba con la importación de esclavos negros a la América española. Los ingleses Juan Hawkings y su sobrino Francisco Drake, en cinco pequeños bajeles en 1567 realizan una expedición que fué sorprendida en el puerto de San Juan de Ulúa de la costa mejicana por fuerzas españolas, que destrozaron la mayor parte de los buques ingleses. En los dos que se salvaron, huyeron Hawkings y Drake, que fueron los más terribles enemigos del comercio de España. Este episodio, amañadamente presentado a Inglaterra como un ataque contra marinos a quienes el tiempo reinante había obligado a buscar refugio en el puerto de San Juan de Ulúa, levantó en Inglaterra una viva indignación. El cargamento cogido por los españoles procedente de piraterías valía, sin embargo, más de 100.000 libras esterlinas. Entre los barcos apresados por los españoles, estaba el "Jesús", que pertenecía a la propia reina, quien lo había alquilado a Hawkings, y que sufrió por el fracaso el disgusto consiguiente, lo mismo que Leicester y otros influyentes personajes ingleses, que llevaban parte en la empresa. Entre ellos estaba Guillermo Hawkings, alcalde y armador de Plymouth, cuyos bajeles con patentes de corzo de Condé y Guillermo de Orange habían surcado durante varios años el golfo de Vizcaya asesinando y robando a los españoles que lo atravesaban con rumbo a los Países Bajos. Era hermano de Juan, el jefe de la expedición, y uno de los más perjudicados por su fracaso.

En aquellos momentos, Felipe II, escaso de dinero, había logrado que unos banqueros genoveses, le prestasen una suma importante para que el duque de Alba pudiera atender a las necesi-

dades de su ejército. Lo enviaba a Amberes, en seis buques españoles, que en el canal fueron perseguidos por buques corsarios y se vieron obligados a refugiarse en Plymouth, en Falmouth o Southampton. Dos de los buques sintiéndose tan amenazados por las gentes de tierra como por los piratas en el mar, consiguieron dejar el puerto, burlar a sus perseguidores y llegar a Amberes con felicidad.

Los otros se ven atacados, en efecto, dentro del mismo puerto y piden autorización por medio del embajador español para enviar el dinero por tierra a Douvres y desde allí trasladarlo a Amberes. Isabel dió su consentimiento y ofreció proteger el traslado, pero al mismo tiempo que se desembarcaba el dinero, llegó la noticia del desastre de San Juan y Guillermo Hawkings convenció a la reina para que se apoderase de aquel dinero en represalias de lo sucedido, y la reina así lo hizo. Esto representó para España no sólo un gravísimo insulto, sino un perjuicio mayor todavía, porque faltó el duque de Alba de estos fondos, tuvo que acudir a establecer el impuesto del 10 por ciento en los Países Bajos con las funestas consecuencias que tuvo al recrudecer la insurrección. El duque de Alba se vengó incautándose de todas las propiedades que tenían los ingleses en Flandes, e Isabel contestó apoderándose de las que los españoles tenían en Inglaterra, de mucha mayor importancia.

Con esto el comercio con Inglaterra quedó interrumpido durante muchos años, mientras que aumentaban de modo extraordinario los ataques ingleses. Drake continuó haciendo viajes, casi periódicos, al continente español. En el de 1572 atacó a Nombre de Dios, con tal audacia que el relato que él hizo parece increíble: no consiguió plenamente su propósito, pero se apoderó de una recua de mulos cargados de riqueza que iba atravesando el istmo. En este viaje vió Drake el mar del Sur. Las riquezas que traía de Inglaterra alentaban más a la aventura y a la piratería.

Todo esto representa un fenómeno histórico de alcance extraordinario: estamos asistiendo al principio y a la formación del imperio inglés, que se levanta contra España, disputándole su supremacía marítima hasta entonces incuestionable.

En Noviembre de 1577 cuatro navíos parten de Plymouth. Los manda también Francisco Drake. Siguen las trazas de Magallanes. En Patagonia tiene que ahorcar a sus compañeros

amotinados. En el mar del sur descubre los archipiélagos que llama por su reina Elisabétidas. Pero a él lo que le importa es el saqueo de los españoles, y a través de las tempestades se lanza hacia el norte, seguro de que en esta costa jamás violada, España vive en la más completa tranquilidad. Al pasar saquea Lima y el Callao y llega hasta California. Después de haber dado a tierras ya boreales el expresivo nombre de Nueva Albión, se lanza a través del Océano para ir a las islas de las especies. En Ternata, un sultán revolucionado contra los portugueses, acepta el protectorado de la lejana reina y van naciendo así las primeras en fecha de las colonias inglesas. Después de haber "tomado medida a la tierra", Drake dobla el cabo de Buena Esperanza, llega en triunfo a Inglaterra y el 4 de Abril de 1581, la reina Isabel arma caballero a bordo de su navío "Golden Hind" a este lobo de mar que se ha atrevido con España.

La expedición de Drake ha producido, además, a la reina, accionista en la empresa, 47 veces su aportación. Inglaterra entera se lanza a las aventuras marítimas. Se multiplican los navegantes, contrabandistas y piratas. Surge por doquier literatura marinera. Se forman compañías con miras a la explotación de los más variados mares y países. En 1581, la Levant Company se arriesga al Mediterráneo oriental. La reina aporta personalmente 40.000 libras esterlinas procedentes del dinero capturado a los españoles. La construcción naval adquiere un poderoso impulso. Se construyen navíos manejables adaptados a los mares tempestuosos y dotados, esto importa mucho señalarlo, de una temible artillería.

A este incremento del poderío naval inglés, había correspondido Felipe II, desde la adquisición de Portugal, con la incorporación a sus fuerzas de toda la flota portuguesa.

En 1580 se produce con el embajador español en Londres, Mendoza, una curiosa situación diplomática, consecuencia del desembarco en Irlanda de los llamados voluntarios del Papa. Para cooperar a una revolución católica en Irlanda fueron llevados allí un cierto número de voluntarios. Eran italianos en su mayoría, muchos de ellos súbditos de España, y españoles reclutados en La Coruña con el conocimiento del rey. A Irlanda fueron llevados en naves mandadas por el ilustre navegante español Juan Martínez de Recalde. Después del desembarco se vió que los refuerzos irlandeses eran muy inferiores a lo prometido y que la

situación era insostenible. Recalde embarcó a trescientos españoles y se alejó ante la llegada de fuerzas muy superiores de la escuadra inglesa. Los italianos fueron apresados y juzgados y como no tenían autorización ni siquiera del Papa para la empresa, no se les reconoció beligerancia alguna y fueron todos ejecutados, salvo veinte oficiales, por los que se esperaba obtener un buen rescate. La reina se lamentó de que la suerte de los oficiales no hubiera sido la misma que la de los soldados.

El embajador español, Mendoza, solicitó audiencia de la reina para tratar de las piraterías de Drake, pero la reina se negó a recibirle oficialmente, mientras no se aclarase lo de Irlanda. Mendoza alegó que los italianos eran súbditos del Papa y que ni su rey ni él tenían parte alguna en el asunto. Como la reina no lo recibía oficialmente y él, a título privado, se negaba a visitarla, su relación quedó algún tiempo limitada a los ministros, a quines expuso los agravios recibidos y reiteradamente y con vehemencia les advirtió de los peligros que representaban. En 1584 juzgándolo cómplice en la fracasada conspiración de Trockmorton se le expulsó del país. No estalló la guerra, pero al cabo de algún tiempo, Felipe II decretó el embargo de todos los buques ingleses que se encontrasen en puertos españoles. Tampoco Isabel declaró la guerra y abordó esta cuestión, como otras, por el camino de las reclamaciones diplomáticas, pero al mismo tiempo decretó el embargo de los buques españoles en Inglaterra, activó su intervención anti-española en la guerra de los Países Bajos, y encargó a Drake que emprendiera una guerra de represalias contra las colonias de las Indias y otros lugares.

Hay un hecho concreto que revela que, en medio de la tensión ya existente, Inglaterra prefería en Flandes la dominación española a la francesa, cuando el duque de Anjou o de Alençon, pretendió alzarse con los Países Bajos ayudado por hugonotes y protestantes, e Isabel envía mensajeros a D. Juan de Austria, a Namur, y a los Estados, apremiándoles para que llegasen a un acuerdo con tal de evitar la entrada de los franceses. Luego también se modificó esta política porque pretendiente Anjou a la mano de la reina Isabel, su triunfo en los Países Bajos lo hubiera sido bajo la influencia inglesa y teniendo a su lado al conde de Leicester, Anjou fué coronado duque de Brabante en Amberes en el año 1582, aunque Isabel no le prestó su reconocimiento. Que el duque de Anjou era perfectamente incapaz, pronto fué

notorio y se puso fin a su ridículo papel de soberano, pero mientras que la habilidad y la energía de Alejandro Farnesio atraían otra vez a la obediencia a los católicos flamencos, las provincias septentrionales volvían a separarse de las del sur francamente ayudadas por Isabel.

El 17 de Abril de 1585 se alía con los Estados de las provincias unidas, a las que socorre con un ejército de 6.000 hombres, también al mando del conde de Leicester, aunque protestando que no está en guerra con España, pero, desde 1585 a 1588, Leicester lleva el título de Gobernador General de las provincias del norte, con el reconocimiento de los Estados, y en dos puertos neerlandeses, con todo descaro, se instalan guarniciones inglesas para evitar que puedan volver a poder de los españoles y que las utilicen como bases de acción contra Inglaterra.

En cuanto a Drake organizó una nueva expedición, que era como las otras, además de un asunto político un negocio por acciones. La reina contribuyó a él con dos barcos de guerra; el grueso de la flota lo componían 19 barcos mercantes de Londres y el País Occidental y ocho o diez pinazas y buques corsarios que navegaban por su propia cuenta. Con el general en jefe, Drake, iban Martín Frobisher, Cristóbal Carleill, Francisco Knollys el joven, próximo pariente de la reina y cuñado del conde de Leicester, y otras muchas personas de significación.

La flota zarpó del puerto de Plymouth el 14 de Septiembre de 1585. Por donde quiera que pasaban iban apresando, robando y destruyéndolo todo; detuviéronse corto tiempo en la ría de Vigo; saquearon y quemaron Santiago, en las Azores, y Porto-Praiya; arrasaron a Santo Domingo, saquearon a Cartagena en la Tierra Firme española, e incendiaron todos los buques y galeras que no se pudieron llevar; cruzaron por espacio de un mes a la altura del cabo de San Antonio, amenazaron a La Habana, a la que no se atrevieron a atacar, por considerar demasiado fuertes sus defensas, y, pasando a las costas de La Florida, tomaron, saquearon e incendiaron San Agustín, ciudad de unas doscientas cincuenta casas, que arrasaron en su totalidad; socorrieron y recibieron a bordo a los colonizadores que el año anterior desembarcó Sir Walter Raleigh en Wokokan y regresaron a Plymouth a fines de Julio de 1586. El botín traído fué menor que el de otras expediciones, porque los españoles, ya escarmentados, a las primeras alarmas escondían

sus riquezas, pero fué valorado en unas 650.000 libras y el golpe asestado al comercio español había sido inmenso.

Las noticias que iban llegando de las fechorías de Drake no podían menos de estimular a Felipe y sus consejeros a cortar de plano tales atrevimientos.

Era ya antigua la opinión entre los consejeros de Felipe, de que mientras no se aniquilase a Inglaterra, no se pacificarían los Países Bajos. El duque de Feria, embajador español, lo expresó de forma bien categórica.

El que vacilaba era Felipe, que conocía a Inglaterra mejor que sus consejeros, y sabía los progresos realizados durante su mismo reinado inglés. Calculaba las dificultades de la empresa y creía que tal como se la proyectaban, las ventajas todas estaban de parte de los ingleses.

El salvaje atentado de Drake contra las Indias Occidentales resolvió a Felipe a que se estudiase seriamente el proyecto de ataque a Inglaterra. El marqués de Santa Cruz fué llamado al consejo y y manifestó su opinión favorable a la empresa. En el aspecto político coincidía con la opinión de los diversos gobernadores de los Países Bajos. El duque de Alba la había propuesto; D. Juan de Austria hasta la consideraba fácil. El mismo deseaba acometerla, conquistar Inglaterra y casarse con la reina de Escocia. Este hubiera sido su sueño, que Felipe no le consintió realizar.

El marqués de Santa Cruz había formado mala idea de los ingleses, porque creía que habían asistido algunos al combate de las islas Terceras y habían sido los primeros en huir. De todas formas consideraba que era necesario hacer un gran esfuerzo para triunfar en la empresa.

Su plan de invasión consistía en centralizar el esfuerzo reuniendo todos los buques de España y sus dependencias y embarcar en ellos todas las tropas, de pie y montadas, de que se pudiera disponer, llevándolas a las costas inglesas, en una armada compuesta de 150 grandes buques de guerra, 360 bajeles y transportes más pequeños, 6 galeazas y 40 galeras, o sea un total de 556 barcos y 94.222 hombres. El ejército de los Países Bajos permanecería allí. El mando lo asumiría él solo, sin compartirlo con nadie.

Este proyecto ofrecía dos dificultades: primera, que dejaba desguarnecido el reino y expuesto a un posible ataque por sor-

presa, de un enemigo audaz, cosa que Felipe consideraba probable, y segunda, lo costoso de su realización y las dificultades económicas con que luchaba España.

Dada la índole de la empresa, contra una reina herética, había que pedir el auxilio económico del Papa, que en efecto lo concedió, ofreciendo un millón de coronas, a entregar cuando las tropas españolas hubiesen desembarcado en Inglaterra.

Otra consideración política detenía al rey. Empresa tan costosa y llena de peligros había de tener como consecuencia, instaurar a la reina de Escocia en el trono de Inglaterra, aumentando con ello el poder de los Guisas y la relación entre Francia e Inglaterra con la que resultaba debilitada España.

De aquí la gran complejidad en la política de Felipe respecto a María Estuardo. Si María Estuardo no hubiera sido devotísima sobrina de los Guisas y éstos factores importantísimos de la política francesa, la política de Felipe II, bajo muchos e importantísimos aspectos, hubiera sido mucho más fácil y resuelta y con muy diferentes resultados. El primero el relativo a la política respecto a Isabel de Inglaterra desde los primeros momentos. De todas maneras en la tragedia de María Estuardo, Felipe estuvo resueltamente a su favor. La amistad del duque de Anjou con los hugonotes flamencos, y las divisiones religiosas en Francia, aproximan a los Guisas, jefes del partido católico, a España. En 1580 hicieron comprender a Felipe que su sobrina se sentía más unida a España que a Francia. El rey y sus embajadores intervinieron y participaron en los acuerdos, trabajos y conspiraciones para devolver a María el trono, la libertad y la vida. El embajador español en Londres, Mendoza, fué expulsado por este motivo. El duque de Alba recibió la orden de preparar un desembarco en Inglaterra de acuerdo con los católicos partidarios de María Estuardo, para proclamar a ésta reina destronando a Isabel, D. Juan de Austria quiso conquistar Inglaterra y casarse con María Estuardo.

Aumentaba la complejidad de este gran asunto, que el sucesor de María hubiera sido su hijo Jacobo, rey herético de Escocia, entendido con Isabel con tal de no dificultar su sucesión en el trono de Inglaterra.

María Estuardo desde su prisión, en medio de su desconuelo por el abandono del rey, su hijo, escribió dos cartas, una a Isabel, declarando que estaba dispuesta a repudiar, maldecir y

desheredar al traidor de su hijo y otra al embajador español, Mendoza, que el 20 de Mayo de 1586, fué interceptada por Walsingham, en la que cedía todos sus derechos y pretensiones a favor de Felipe II. ¿Cuáles eran los planes de Felipe respecto a la sucesión en el trono inglés? ¿Podía emplear sus fuerzas en procurar el reino a María y que la sucediese un hereje como Jacobo? Mientras la conspiración marchaba, se trataba de que el Papa depusiese a Jacobo por hereje y que el mismo Papa designase en su lugar una persona católica y digna del trono. Los conspiradores Allen y Parsons trabajaban en la formación del árbol genealógico de Felipe, para demostrar su derecho a la corona de Inglaterra. Felipe, desaparecida María, o como consecuencia de su sucesión de derechos, habría, o de agregar a Inglaterra a sus dominios, o ceder también sus derechos a la infanta Isabel Clara Eugenia, y en su nombre realizar la conquista. Pero por encima de todo lo que importaba en aquellos instantes era salvar a la reina de Escocia y a ello se dirigían todos los esfuerzos, que tuvieron en la conspiración Babington, su último y definitivo fracaso. María Estuardo fué ejecutada el 8 de Febrero de 1587, declarando que moría fiel a su religión, como verdadera católica, como verdadera escocesa y como princesa verdadera, y esta muerte abrió más todavía el abismo que separaba a Felipe II e Isabel de Inglaterra.

No cabía demorar más el ataque e invasión de Inglaterra y los preparativos para ello recibieron gran impulso. Sin duda alguna los ingleses lo esperaban así también. El día 2 de Abril de 1587 zarpó Drake de Plymouth, al frente de una pequeña escuadra con la orden terminante de "impedir la reunión de las escuadras del rey de España fuera de sus diversos puertos, evitar su abastecimiento, seguir las en el caso de que se dirigiesen a Inglaterra o Irlanda, separar de ellas cuantos buques pudiesen e impedir que realizasen desembarco, y atacar igualmente a cuantos viniesen de las Indias Occidentales u Orientales hacia España, o tratasen de marchar a ellas desde los puertos españoles". Las persistentes vacilaciones de la reina le hicieron dar contraorden antes de que la escuadra de Drake saliese del puerto, y las primeras instrucciones fueron sustituidas por otras en que se le prevenía "que se abstuviese de entrar por la fuerza en ninguno de los puertos del rey, de ejercer violencia contra las escuadras que se hallasen dentro de los mismos o contra sus ciudades o de ejercer

cualquier acto de hostilidad contra sus tierras". Como esta orden no la recibió Drake, acaso porque los ministros lo impidieron, se mantuvo dentro de las primeras instrucciones y el 19 de Abril de 1587 se presentó ante Cádiz, destrozó sin dificultades las siete galeras que trataron de oponerse a su entrada, entró en el puerto y lo encontró lleno de buques. Drake escribió: "Echamos a pique una nave vizcaína de 1.200 toneladas; quemamos un buque de 1.500, perteneciente al marqués de Santa Cruz, y treinta y un barcos más cuyo porte oscilaba entre 200 y 1.000 toneladas, nos llevamos cuatro cargados de provisiones y nos marchamos cuando nos pareció conveniente." Fenner decía: El número de los buques incendiados, echados a pique y apresados fué de unos veinte y ocho, que sumaban entre todos 13.000 toneladas aproximadamente.

A Felipe II, más todavía que los perjuicios, le indignó la inmensidad de la audacia.

Los buques españoles debían reunirse en Lisboa, procedentes de España, Nápoles, Sicilia, Génova y otros puntos.

El objetivo principal de Drake era evitar su reunión, para impedir la invasión de Inglaterra, y con una estrategia singular se apoderó de Sagres, para dominar el cabo de San Vicente, por donde todos aquellos buques tendrían que pasar.

Con esta base de operaciones asegurada pasó a Lisboa; no se atrevió a atacarla, pero fondeó en la bahía de Cascaes, apresando o destruyendo cuantos buques costeros se presentaban y todo esto en presencia del marqués de Santa Cruz, cuyos buques fondeados en el Tajo o no se hallaban en estado de hacerse a la mar o no tenían montados sus cañones y carecían de pólvora y balas, por lo que, en expresión de Drake, tuvo que sufrir pacientemente su permanencia allí, sin dispararles jamás un solo cañonazo.

Después de esto regresó Drake a Sagres, dió descanso a su gente y limpió sus buques. En tanto Dios sea servido que no nos falte que comer, ni que beber, escribió a Walsingham, y el viento, el mar y nuestros barcos nos lo permitan, podéis tener por seguro que no nos alejaremos del cabo de San Vicente, y, si siquiera dispusiéramos de otros seis buenos buques de Su Majestad, de los de segunda clase, podríamos con mucha mayor seguridad evitar que las fuerzas españolas se reunieran y desalojarlas de todos los puertos o impedir que se refugiase en ellos. Fenner escribió: todos los días apresamos buques que se dirigen

a Andalucía cargados de duelas y flejes, que quemamos, y tal debe ser la necesidad que de esta mercancía se siente en dicho país, que lo consideran el mayor de los perjuicios. La posesión de este cabo es tan beneficiosa para nosotros y perjudicial para el enemigo, que considero una gran suerte el haberlo conquistado. El punto de reunión es en Lisboa, donde a la sazón debe haber, según noticias, unos 25 buques y siete galeras. Entre ellos y el resto de sus naves nos hemos interpuesto nosotros, de suerte que están como un cuerpo sin miembros, y no pueden venir todas juntas porque carecen de toda clase de provisiones y porque se hayan dispersas.

El marqués de Santa Cruz deseaba cuanto antes poner su escuadra en condiciones de salir y presentar combate a Drake; los soldados, ya reunidos en Cádiz, querían también ser los primeros en combatir con él. Lo mismo en Lisboa que en Cádiz se notaban las dificultades que representaba en las operaciones, que la dirección la llevase el rey desde Madrid o El Escorial, de donde partían las órdenes, a veces contradictorias.

Drake no podía sostenerse indefinidamente en el cabo de San Vicente. Los buques y las tripulaciones, habían padecido mucho durante tan larga campaña. Muchos buques mercantes se habían retirado aprovechando un temporal, y entre los buques que quedaban, que no pasaban de diez, entre ellos los seis de la reina, la impaciencia por volver a Inglaterra era general. Hubo actos de indisciplina hasta por parte del vicealmirante, Borough, y ante todo ello Drake decidió abandonar el cabo de San Vicente y regresar a Inglaterra. Antes marchó a las Azores para aguardar la llegada de un buque cargado de riquezas que sabía perfectamente venía de las Indias y que, en efecto, apresó, y con este botín regresó a Inglaterra, pensando en prepararse para la continuación de la comenzada empresa. La reina, sin embargo, temía a la guerra y no queriendo hacerla inevitable no autorizó a Drake a continuar su obra.

Pero ya Felipe había tomado resuelta y decididamente su resolución. Hubiera querido emprender la guerra el mismo año de 1587, y ya que no fuese posible aquel año había de acometerse en 1588. Los preparativos en buques, hombres, armas y toda clase de provisiones se acometieron en términos gigantescos. Europa entera se sintió impresionada. Santa Cruz y Farnesio creían indispensable apoderarse de un puerto

en el mar del Norte que les sirviese de refugio. Según este plan había que derrotar primero a la escuadra inglesa y una vez dueños del mar invadir el país. Se calculaba que en doce horas podía llegarse a Londres, que no tenía fortificaciones y estaba mal defendida por ejércitos ingleses de escaso valor militar. Otros creían que las tropas debían embarcar en España, marchando a Inglaterra o desembarcando en Irlanda.

Felipe estimó mejor no dilatar la invasión hasta la conquista de los puertos del mar del Norte y que se contuviese a la escuadra inglesa mientras el ejército de Farnesio cruzaba el canal, en lanchones. Una vez el ejército en tierra el mando supremo lo asumiría Farnesio.

Santa Cruz recibió las órdenes en Septiembre de 1587. Debía marchar directamente hacia el North Foreland y proteger el paso de Farnesio. Contestó que sus fuerzas no estaban preparadas y que estaba la estación muy adelantada para hacerse a la mar sin un puerto de refugio. Felipe recibió mal esta respuesta. Sus consejeros militares la recibieron con ironía y tacharon a Santa Cruz de timidez. Los reproches del rey amargaron profundamente al marqués, que murió de fiebres en Lisboa en 30 de Enero de 1588. Su muerte fué una pérdida inmensa para España. Hay que creer que con Santa Cruz en este único y trascendental momento se hubiera corrido mejor suerte o por lo menos que el desastre hubiera sido menor.

De todas maneras en la guerra que se preparaba iba a utilizarse por los ingleses, una técnica naval nueva, con la que los españoles no estaban familiarizados. Luchaban éstos más como soldados que como marinos y eran insuperables en la práctica del abordaje, en la que el éxito fundamentalmente dependía de la acometividad y valor personal. A esta clase de guerra respondía también la construcción de los buques, grandes, majestuosos, de pujantes proas, dominadores para el asalto. Sus cañones eran escasos y pequeños en relación con el porte de los buques. El papel que se les concedía era el de meros auxiliares del factor principal: el abordaje. La instrucción que recibían las dotaciones respondía también a este concepto. Los cañones eran un arma propia de los pusilánimes que huían de las espadas y de las hachas. Los marineros eran escasos porque no se creían precisos más. Dominaba el elemento militar sobre el marino. Este servía para

transportar las fuerzas. El combatiente era el soldado y los generales los jefes de la contienda.

Por otra parte, si el abastecimiento de un ejército ha sido en general tan abundante en dificultades como en lucros indebidos, más había de serlo en 1588, procediendo además bajo la prisa que las circunstancias imprimían y que Felipe II exigía. Las provisiones se averiaron: la carne se descompuso. Muchas de ellas se habían acumulado creyendo realizar la empresa, en el otoño de 1587, y la demora que impuso Santa Cruz fué en este y otros aspectos verdaderamente funesta. Las enfermedades cundieron en tan grande aglomeración de hombres. Los barcos sufrieron desperfectos.

En Inglaterra se había realizado una verdadera revolución naval en los últimos veinte años. Los buques eran más marineros y manejables y, sobre todo, estaban dotados de una mejor artillería. Drake había adoptado una nueva táctica de combate: rehuía el abordaje y desde lejos, mediante la superioridad de su artillería, procuraba destruir los buques contrarios.

La muerte del marqués de Santa Cruz planteó un nuevo y gravísimo problema: el de nombrarle sucesor. No había otra gran figura naval como la de Santa Cruz y otro marino por distinguido que fuese, no podía imponerse ni a los generales, ni aun a los jefes de los tercios pertenecientes, en general, a la más alta nobleza.

El duque de Medina Sidonia, ostentaba una altísima posición social y, en este sentido, había de merecer todos los respetos. Poseía la dignidad de Almirante de las costas andaluzas. Pero competencia naval no tenía ninguna. Hay que decir en su honor, que se resistió cuanto le fué posible a aceptar el nombramiento, protestando claramente de su falta de capacidad para esa empresa, de su ignorancia en asuntos de marina, hasta hay quien dice, que alegó que se mareaba. De todas formas se impuso su nombramiento, manifestándole la seguridad de que sabría mantener muy alto el ilustre nombre que llevaba. Es de creer que no fué ajena a este propósito la idea de que Medina Sidonia por las condiciones de su carácter, afable y bondadoso, era muy adecuado para que la iniciativa del rey llevase la dirección de la empresa, ejecutando sus órdenes precisas y previsoras y, además, que no hubiera ofrecido dificultad ninguna para que, en un momento dado, le sustituyese Alejandro de Farnesio como jefe de

la expedición, según estaba dentro de los planes de Felipe y que no hubiera aceptado Santa Cruz.

El estado en que Medina Sidonia encontró la escuadra, tampoco fué satisfactorio. Material y moralmente las fuerzas concentradas en Lisboa habían sufrido quebrantos. Medina Sidonia aplazó varias veces la salida de Lisboa por necesidad o pretexto de mejorar el estado de la escuadra.

Las protestas de sus generales por el retraso en la salida llegaron hasta el rey y mediante orden de éste, la Armada Invencible zarpó del puerto de Lisboa el 30 de Mayo de 1588. Componíase de 130 buques con un desplazamiento total de 57.868 toneladas, tripulada por 8.050 marineros y 18.973 soldados, que con voluntarios, personal de galeras, etc., ascendía en total a 30.493 hombres. Ochenta de los buques desplazaban más de 300 toneladas, 18 eran buques almacenes y otros muchos eran buques transportes. Buques de guerra no pasarían de 50, con pocos cañones y de calibres pequeños, útiles solamente para el abordaje.

En estas dos escuadras que van a encontrarse en este momento culminante de la historia de Europa, tenemos que ver dos afirmaciones y dos símbolos. La una representa la fe, la unidad y la concepción católica del mundo. Es el símbolo del Imperio español, hasta entonces dueño de los mares, de los cuales necesita para su conservación y su existencia. El Imperio español está hecho de piezas diferentes, alejadas las unas de las otras, sin otro elemento de relación que el mar. Tiene que ser dueño de los mares o perecer. Si no domina el Mediterráneo perecería a manos de los turcos o franco-turcos. Si no domina el Atlántico y el mar del Norte, quedaría aislado de Flandes y del Continente americano y vería cortados los caminos imperiales por donde las galeras le traían el oro y llevaban, en cambio, la fe y la sangre española, que estaban vivificando un mundo.

Todo esto lo combatía Inglaterra. Combatía la Fe, ayudando y personificando la herejía; combatía la unidad política, amparando a todos los revoltosos; combatía la unidad del Imperio español, dislocando sus miembros y cortando su relación. Dos nombres simbolizan estas fuerzas contradictorias: Felipe II e Isabel de Inglaterra. Dos escuadras van a decidir quién será el dueño del mar y abrir los caminos de la Historia por varios siglos: la Armada Invencible y la escuadra inglesa.

En los momentos en que esto escribo el mundo en-

tero se encuentra ante una interrogante análoga a la del mes de Mayo de 1588. Se comprende que todos estos sucesos que relato, ofrecen la similitud trágica de los instantes que vivimos. Hay páginas y situaciones que no se sabe si son los de entonces o son los de hoy. ¿Va a cerrarse en 1940 la era imperial que se abrió en 1588? ¿Vamos a ver surgir una Europa nueva y distinta de la que por entonces empezó a crearse? Se comprenderá la emoción con que escribimos esto pensando en que entre este día y aquel ya próximo en que estos renglones hayan de leerse, acaso ha de alumbrarse este inmenso enigma del porvenir del mundo, de significado tan hondo y capital para nosotros, quizás en medio de conmociones y estremecimientos sin precedentes en la historia humana y ante instantes tan extraordinarios en la Historia, de modo inevitable el pensamiento se eleva a Dios para implorarle que lleve de su mano los destinos del mundo y los de España por caminos de felicidad, de bienandanzas y de grandeza y siempre conforme a su voluntad.

La escuadra Invencible debía subir directamente al Canal de la Mancha, ocupar Margate, ponerse en relación con Alejandro Farnesio para transportar sus tropas y cederle 6.000 veteranos españoles para enderezar a sus propios mercenarios.

Felipe II dijo a Medina Sidonia como ampliación a sus instrucciones: que aunque Drake viniera, como se decía, a otra excursión, no por eso demorase el viaje para hacerle frente; que si lo perseguía o molestaba, podría atacarlo, lo mismo si lo encontrase a la entrada del Canal de la Mancha, porque sería sumamente ventajoso atacar a las fuerzas enemigas por grupos para evitar que se reuniesen.

También por su gran significación social el mando de la escuadra inglesa se confió a Lord Howard de Effingham, primo de la reina. Con él se encontraban en Plymouth, Drake, Hawkins, Frobisher, Fenner, Fenton, Crosse, Raymond y Warde. También en la flota inglesa había buques mandados por jóvenes a título de su nobiliaria condición, pero los jefes eran comandantes de los buques y no sólo capitanes de soldados.

Desde el primer momento se vió la Armada Invencible, imposibilitada de cumplir sus objetivos. Desde la salida de Lisboa, la acompañó el mal tiempo, que quebrantó los buques y debilitó la tripulación. Faltaron o se averiaron los víveres y el agua y sobraron las enfermedades. No pudo, pues, seguir a Inglaterra, y

tuvo que refugiarse, en poca satisfactoria situación, en La Coruña, el 9 de Junio. Pero como algunas naves no pudieron ser avisadas, continuaron su marcha hasta el sur de las islas Sorlingas y desde allí hubieron de regresar a La Coruña el 19 de dicho mes. El estado de ánimo que la travesía hasta La Coruña había creado al duque de Medina Sidonia, no era alentador. El 24 de Junio escribió al rey exhortándole a que abandonase la expedición y se entablasen negociaciones para llegar con Inglaterra a una paz honrosa. Las provisiones, decía, eran escasas y malas; el agua despedía mal olor, los comestibles estaban podridos. Los buques han sufrido mucho y son ahora muy inferiores a los ingleses y las tripulaciones hállanse seriamente debilitadas, cayendo enfermos todos los días gran número de hombres a consecuencia de la mala alimentación; toda la fuerza de la nación hase empleado en esta empresa y su fracaso significaría la ruina de España. El duque de Parma, que veía de cerca las medidas defensivas inglesas, había aconsejado también negociaciones. A Felipe II lo alentaba su fe ardiente e inquebrantable. Luchaba por la gloria de Dios y por ello confiaba en la victoria. De esta seguridad y de este fervor, participaba la nación entera. Pero la obra de la Providencia se debió ayudar, además de con oraciones, con material, organización y planes adecuados para el triunfo. Felipe, había negado a Farnesio autorización para continuar unas simuladas negociaciones de paz que traía con los ingleses, en las que éstos habían querido alentar la ambición de Farnesio ofreciéndole la corona de los Países Bajos y que éste había seguido de acuerdo con Felipe para ganar tiempo en los preparativos de la campaña.

Más temerosa o acaso menos confiada en la victoria que sus propios navegantes, estaba Isabel. Por eso no autorizó ni a Howard, ni a Drake, ninguna excursión a las costas españolas, ni un ataque repentino a La Coruña cuando allí estaba fondeada la armada española. ¿Aspiraba a una nueva negociación diplomática o temía dejar indefensas las islas y el canal ante una posible llegada de los españoles? Contra el parecer de Howard y su consejo de guerra, ordenó a aquél que no pasase de Ushant.

Rehecha salió la Armada de La Coruña. Un nuevo temporal, con viento favorable, aunque fuerte, la llevó directamente hasta dar vista el 19 de Julio al cabo Lezard. El mismo temporal que empujó a la armada española obligó a refugiarse en Plymouth a

los ingleses, que habían estado pasando y repasando la línea de Ushant a las Sorlingas. Un consejo de guerra español estudió si debía o no atacarse en Plymouth a la escuadra inglesa, pero se rechazó la idea por no saber si efectivamente se encontraba allí. Por unos prisioneros hechos durante la noche, supieron los españoles que allí había estado hasta por la tarde en que se marchó.

Los buques ingleses eran unos setenta, muchos de ellos pequeñas embarcaciones de cabotaje. En número, pues, y en porte, le superaban los españoles. En armamento y condiciones marineras los ingleses tenían una gran superioridad, sobre todo por su artillería. Las tripulaciones no eran de guerreros, sino de hombres de mar acostumbrados a aquellos mares. Los españoles buscaban el abordaje, pero los ingleses no les dieron lugar a él, manteniéndose siempre a la distancia que les convenía para barrerlos con su artillería. Así pudieron ellos imponer el carácter de la batalla en lugar de imponerlo los españoles.

El 21 de Julio se libró el primer encuentro, y toda esta ventaja de los ingleses quedó patente. Empezóse la lucha a las nueve y a la una Medina Sidonia puso popa al viento, considerando que una mayor tardanza en hacerlo empeoraría su situación. La Armada hubo de marchar precipitadamente, hostilizada por la inglesa, que iba recogiendo los buques maltrechos y averiados que se tenían que abandonar. El 23 y el 25 se libraron pequeños combates a la altura de la punta de San Albano y frente a Santa Catalina, en la isla de Wight, con nuevas pérdidas de buques y tripulaciones, entre ellos el buque insignia de Recalde. Sin nuevos combates el 27 de Julio por la tarde la Armada fondeó en Calais.

Se pidió entonces a Farnesio que se embarcase en seguida, pero más que ofreciéndole seguridad para pasarlo a Inglaterra, el tono del mensaje acusaba la necesidad de que él protegiese la Armada. El 28 de Julio contestó Farnesio que para embarcar su fuerza necesitaría algunos días y que, de todas formas no podría pasar a Inglaterra mientras la Armada no despejara el mar que obstruía la flota holandesa de Justino de Nassau y las inglesas de Seymour, Howard y otros. Los españoles, apesadumbrados, veían la triste realidad. Habían perdido muchos buques sin que los ingleses sufriesen nada, y ahora frente a Calais, se reunían a las otras, las escuadras neerlandesas e inglesas que navegaban en el canal, para vigilar a Farnesio, hasta en sus menores movimientos.

En la media noche del 21 de Julio, los españoles vieron venir hacia la Armada ocho barcos vomitando llamas, fuertemente impulsados por el viento. Eran brulotes ardiendo, como los utilizados contra el puente de Amberes, que Drake empleaba para impresionar las tripulaciones e incendiar la escuadra. Queriendo evitar el incendio salieron del puerto y se lanzaron al mar descompuestos y desordenados. Los ingleses los siguieron y al lucir el nuevo día, a la altura de Gravelinas, les atacaron con furor. Este era el momento culminante y decisivo de la contienda. La superioridad inglesa se puso en seguida de manifiesto. El heroísmo español rayó como siempre a extraordinaria altura, pero los ingleses evitaron constantemente el abordaje y la artillería española no alcanzaba lo que la inglesa. Medina Sidonia escribió al rey: "En la retaguardia D. Francisco de Toledo, con el San Felipe, esperó la llegada del enemigo y trató de abordarle, pero al verlo aquél dirigió sobre él el fuego de su artillería y lo puso en gran aprieto... Don Alonso de Luzón y el Santa María de Begoña, en el que iba Garibay y el San Juan de Sicilia con D. Diego Téllez Enríquez, estuvieron a punto de abordar al enemigo, pero no lograron atracarse a él; los ingleses peleaban con la artillería de grueso calibre y nuestros hombres se defendían con el fuego de los arcabuces y mosquetes, pues la distancia que los separaba era muy corta."

Cuando había que emplear los arcabuces y mosquetes contra la artillería, se explica nuestro desastre y que los ingleses no tuvieran ninguna pérdida. Por la noche, ya completamente derrotados, los españoles se internaron en el mar del Norte. Alonso de Leiva y Miguel de Oquendo hubieran querido continuar la lucha, y recriminaron a Medina Sidonia y sus consejeros hasta con la injuria personal, pero no podían evitar lo sucedido y tuvieron que unirse al resto de la Armada. Los temporales coincidentes facilitaron y acrecentaron la catástrofe.

No hubo retirada posible. Los buques fueron juguete y pasto de las olas. Las víctimas que éstas produjeron fueron mayores que las de los cañones ingleses. Como no podían regresar a España por el sur quisieron hacerlo dando la vuelta por Irlanda y sin prácticas, sin cartas, sin buques adecuados y en medio de las inclemencias del tiempo perecían. Así sucedió entre las islas Orcadas y Shetland, en las Hébridas occidentales, en el arrecife de los Gigantes y la costa de Donegal y en la bahía de Sligo. Sir

Ricardo Binham, gobernador de Connaught, escribía: "Puedo decir, ajustándome a cómputos exactos, que han perecido en estas costas, seis o siete mil hombres, salvo algunos miles de ellos que pudieron ganar la orilla en los lugares donde naufragaron sus buques, los cuales han sido todos pasados a cuchillo." Medina Sidonia con algunos buques llegó a Santander. Fué una catástrofe terrible y transcendental. Así lo comprendió España amargada por tan gran desgracia. El hombre que demostró en tal momento su entereza y sus energías fué el rey. Cuando D. Cristóbal de Moura e Idiaques le comunicaron la tristísima noticia, es sabida su contestación: "Yo envié mi Armada a luchar con los hombres y no contra las tempestades", y volvió de nuevo a su incesante labor de despacho, con el ánimo entero para construir otra flota que sostuviese los ideales de unidad y de fe de que él era suprema encarnación.

Pero en aquel fatal momento comienza la pérdida de nuestra hegemonía; allí se hicieron insolubles los problemas de la conservación de Flandes, de la destrucción de la herejía, del predominio de España en las cancillerías del mundo, de la subsistencia de nuestras líneas imperiales de comercio y hasta de nuestro imperio colonial, sustentado sobre una hasta entonces indiscutible supremacía naval.

Grande era España y grande había de seguir siéndolo durante más de un siglo todavía, pero la raíz de lo que ha sucedido en España y en el mundo desde entonces hasta hoy hay que buscarla en aquel día de Julio de 1588 en que la Armada Invencible fué destruída y apareció vencedor un nuevo poder: la Escuadra Inglesa. ¿Estamos en el ocaso o en la reafirmación de ese poder? ¿Qué puede suceder entre hoy y el día de este mismo año en que deba leerse este trabajo? Comprendemos que el valor histórico de estos días es comparable al de aquellos del verano de 1588; y si aquellos fueron tan tristes para España, Dios haga que los días por venir inmediatamente le traigan mayores venturas. Así lo merece por los méritos contraídos durante tres años en una lucha de sin igual grandeza, como la que ha sostenido nuestra patria. Inspiración sobrehumana se necesitaría para describir y pintar su gloria y significado ideal, y cuando ésta ni se tiene ni se puede tener, recojámonos para admirar y reverenciar a nuestros héroes, a su Caudillo, a todas las armas de nuestro Ejército de tierra, mar y aire y a nuestra juventud sin

par y pidamos por nuestros muertos, que por todos ellos nosotros podemos estar aquí y lo que es más todavía, por ellos subsisten en el mundo las eternas fuerzas rectoras ideales, que en todos los siglos y momentos tienen siempre el mismo campeón: España.

Isabel sintió verdadero afán en mantener la guerra con España. Quería que se continuasen apresando las naves que volvían de América cargadas de riquezas y favoreció la expedición contra Portugal para establecer en él al pretendiente D. Antonio. El pacto que hizo con éste hubiera puesto prácticamente a Portugal en manos de Inglaterra. D. Antonio sería vasallo de la reina; pagaría los gastos de la expedición y un importante subsidio anual; ingleses y portugueses tendrían los mismos derechos comerciales en Inglaterra, Portugal y las Indias; podría ocupar Inglaterra varios fuertes en Portugal, y una paz y amistad constantes se mantendría entre los dos países.

Pero ya aquí la lucha era distinta, porque el insignificante ejército inglés tendría que habérselas con el ejército español y la formidable infantería española, todavía en siglos, la primera del mundo. Era una expedición desde luego política, pero a ejemplo de otras correrías análogas, mercantilmente realizada y la principal accionista era la misma reina con D. Antonio y con Drake y Norreys, jefes de la expedición. El abastecimiento tenían que procurárselo del enemigo. Esto y el espíritu de saqueo que aumentara los beneficios repartibles, les llevó a atacar a La Coruña, defendida por el marqués de Cerralbo y donde se distinguió por su heroísmo la famosa María Pita, perdiendo un tiempo precioso para llegar a Lisboa.

Ante Lisboa fueron rechazados por la admirable defensa de su gobernador el archiduque Alberto y el conde de Fuentes y atacadas además por una epidemia las fuerzas inglesas, completamente deshechas, regresaron a Inglaterra, después de sufrir pérdidas que algunos hacen ascender a 11.000 muertos. La reina y los accionistas perdieron todo el dinero invertido en la operación y por espacio de cinco años estuvo Drake alejado del servicio de la reina, por haberlo creído responsable de la desgracia.

Desde 1588 a 1591 Felipe procuró reconstruir la marina, ayudado por los tesoros que llegaban de América y así pudo oponer una escuadra suficiente mandada por D. Alvaro de Bazán, a la inglesa que en 1591 fué enviada contra las Azores, para interceptar el comercio español al mando de Sir Tomás Ho-

ward, quien tuvo que retirarse con pérdida de uno de sus buques, el "Revenge", que mandado por Sir Ricardo Greynville no obedeció la orden de retirada y tuvo que rendirse.

Esta batalla tuvo importancia, porque reveló que el rey de España había tenido en cuenta la trágica lección de la Invencible y modificado la técnica de la construcción de los buques. Sir William Monzon dijo: "Hasta el día en que el rey de España tuvo la guerra con nosotros no había sabido lo que significa la guerra sobre el mar, sino en guerra contra el turco. La primera vez que el rey se mostró fuerte sobre el mar fué en 1591, cuando el "Revenge" fué tomado".

Sin más éxitos que la captura del navío portugués "Madre de Dios", que de las Indias traía grandes riquezas a bordo, intentaron los ingleses otra expedición a las Azores el año 1592.

Algunas correrías contra las costas inglesas realizaron los españoles. En Julio de 1595 atacaron con cuatro galeras la costa de Cornualles, hicieron un pequeño desembarco e incendiaron varios lugares y se retiraron, temiendo ser atacados por fuerzas superiores o a que Drake, que había salido de Plymouth con algunos barcos, les cortase la retirada.

Pero tal era el prestigio de España, aún después de la pérdida de la Invencible, que en cualquier movimiento que hacía veían los ingleses, empezando por la reina, un nuevo y temible proyecto de invasión de Inglaterra, Escocia o Irlanda. Drake y Hawkins recibieron órdenes de que recorriesen la costa meridional de Irlanda, en busca de la escuadra española y si no la encontraban allí que la esperasen en la costa de Portugal o en Lisboa, pero debían de estar de regreso en Inglaterra precisamente en Mayo de 1596. Aceptaron buscar la escuadra española pero no las otras condiciones y, dejando a la reina llena de ansiedad zarparon el 18 de Agosto de 1595. Se detuvieron en busca de víveres o de botín, en las Palmas de la Gran Canaria, fracasando en su intento, y los españoles de Canarias avisaron a las colonias y a las Indias Occidentales que estuviesen prevenidos ante el ataque que les aguardaba. La muerte de Hawkins evitó sus constantes desavenencias con Drake, que quedó jefe absoluto de la expedición. En Puerto Rico fué rechazado; se consideró impotente para atacar Cartagena, pero logró ocupar Nombre de Dios cuyas riquezas habían sido retiradas; intentó atravesar el istmo de Panamá, pero sus fuerzas sufrieron una gran derrota y des-

hechas y desmoralizadas regresaron a sus buques. Drake incendió Nombre de Dios y una virulenta epidemia que estalló en sus naves segando la vida de sus gentes, le arrebató también la suya, a la altura de Portobello, en la mañana del 28 de Enero de 1596. Había sido un gran enemigo de España y un gran servidor de su patria. Felipe II veía en él la encarnación del poder marítimo de Inglaterra. Para defender las Indias Occidentales Felipe II había organizado una escuadra al mando del experimentado marino D. Bernardino de Avellaneda, que llegó cuando la muerte de Drake hacía desear a los ingleses el regreso a Inglaterra. Los encontró el 1.º de Marzo de 1596 en la punta occidental de Cuba y se entabló combate en el que procuraron abrirse paso y continuar su viaje de retorno.

La idea de una posible invasión de Inglaterra por los españoles no desaparecía del ánimo de la reina y de los ingleses. El triunfo español de 1592 la acrecentó. De ello se ocupó el Parlamento inglés en 1593 y para hacer la invasión imposible se proyectó la destrucción de la escuadra española en los propios puertos de la península. Este fué el origen de la expedición a Cádiz en 1596. Son interesantes las instrucciones por su precisión y por la claridad con que se expresan los objetivos.

En ellas se dice que el objeto de la expedición es incendiar los buques de guerra del rey que se encuentren en los puertos, para evitar que puedan hacerse a la mar; y destruir al mismo tiempo sus almacenes de víveres y municiones destinadas al armamento de sus naves, para que ni los insurrectos de Irlanda puedan recibir ayuda ni refuerzos, ni el rey reparar sus pérdidas en mucho tiempo, ni disponer de una escuadra poderosa para atacar a Inglaterra. Los generales deberán, pues, ante todo, practicar indagaciones y dirigir sus primeros golpes a destruir los buques que entiendan se hallan dispuestos a zarpar con rumbo a Irlanda, o a venir por los estrechos a Calais. La destrucción de los buques, depósitos y almacenes de provisiones navales es el "que os encargamos acometáis primero, antes que ningún otro servicio", pero conseguido esto, expresamente se recomienda que si la ciudad a que perteneciese el puerto donde los buques o almacenes se encontrasen "poseyese grandes riquezas y entendéis que no puede defenderse contra vosotros y que sus dichas riquezas no han sido transportadas al interior del país, donde no os sea posible apoderaros de ellas, en ese caso podéis intentar la toma de la tal

ciudad e incautos de sus tesoros” y si después que el primordial servicio sea cumplido “tenéis noticia fidedigna de la probable llegada de algunas carracas del rey cargadas de riquezas procedentes de las Indias, enviaréis los buques y soldados que no os hagan falta para que se apoderen de las expresadas carracas, lo cual dejamos a vuestra consideración”.

En España, donde habían llegado las noticias de la preparación de la escuadra, la ansiedad era vivísima. Se creía que el ataque iba contra Lisboa, pero la escuadra reforzada por naves holandesas se presentó ante Cádiz, que se encontraba casi indefenso y pudo entrar en el puerto sin encontrar apenas resistencia. Aquella misma noche ocuparon también la ciudad y al día siguiente se entregó el castillo. Dejaron para después, por error del conde de Essex, la captura y destrucción de los barcos de guerra y mercantes allí anclados y las galeras pudieron escapar al mar libre por el cabo de Santi Petri, mientras que los buques grandes y galeones se refugiaron entre los caños y bajos de Puerto Real y para que no cayeran en poder de los ingleses se les incendió, destruyéndolos por completo. Las mercancías destinadas a las Indias representaban un valor de 12 millones de ducados. Indignados por el fracaso que representaba la pérdida de tan codiciada presa, después de fuertes antagonismos entre el conde de Essex y el almirante Howard respecto a las responsabilidades contraídas y al plan que se debía seguir, incendiaron la ciudad y la abandonaron y tras de comprobar que no había buques en La Coruña regresaron a Inglaterra, donde la reina, aunque reconoció su servicio puesto que en definitiva los buques y mercancías españolas habían perecido en el incendio, no dejó de demostrarles su disgusto porque aquellas riquezas no las hubiesen llevado consigo. Al año siguiente fué enviada a las Azores una escuadra mandada también por el conde de Essex que llevaba como contraalmirante a Sir Gualterio Raleigh, para capturar la flota de Indias que cargada de riquezas debía venir a la península; no lograron encontrarla, y los disgustos entre el vanidoso Essex y Raleigh dieron término a la expedición a la que Felipe II no había podido oponer fuerza ninguna. Al poco tiempo, el 13 de Septiembre de 1596 moría Felipe II.

Pero antes tuvo también que sufrir la amargura de ver cómo se resolvió el grave asunto de la sucesión en el trono de Francia, planteada por el asesinato de Enrique II. Por ley de herencia y

por designación del monarca difunto, el trono correspondía al rey Enrique de Navarra. Mas es sabido que éste era hugonote como su madre, relapso, jefe de los hugonotes y como tal, enemigo de España y amigo y aliado de Isabel de Inglaterra, los rebeldes de los Países Bajos, los Príncipes protestantes de Alemania y de todos los enemigos de España. Históricamente representaba también la animosidad por el recuerdo de la Navarra española que había ganado el rey Católico. Estaba, asimismo, en pugna con el sentir religioso del pueblo francés y de su máxima expresión la Liga Católica, cuyo principal designio era evitar el advenimiento al trono del rey hereje. Justamente, con miras, entre otros, a este problema, se habían celebrado los pactos y tratados entre Felipe II y la Liga Católica, en los que se excluía de la corona a Enrique y se aceptaba como rey al Cardenal de Borbón. Este tenía un doble inconveniente porque era de línea menor que el rey de Navarra, y, además de una edad avanzada, tampoco tenía sucesión, con lo que, en todo caso, el problema quedaba sin resolver.

Antonio de Borbón, padre de Enrique, era el hijo mayor de Carlos de Borbón, duque de Vendome y de Francisca de Alençon. Fueron los otros hijos, Francisco de Borbón, conde de Enghien, el vencedor de Cerisolles; Carlos, que fué el cardenal de Borbón, y Luis de Borbón, príncipe de Condé, muerto el 13 de Marzo de 1569 en Moncontour. Perteneían a la casa de Borbón, que venía de Roberto de Clermont, sexto hijo de San Luis, y que, en 1341, se había dividido en dos ramas, la de los duques de Borbón y la de los condes de la Marche y de Vendome. Se extinguió la primera rama con el famoso condestable de Borbón y, en 1527, Carlos de Borbón, duque de Vendome, vino a ser jefe de la casa de Borbón. Era hijo de Francisco de Borbón, conde de Vendome y de María de Luxemburgo. Fué creado duque de Vendome en 1515 y en 1513 había casado con Francisca de Alençon.

Para anular este derecho hereditario de Enrique a suceder en la corona de Francia, los teólogos y filósofos católicos, comenzando por la Sorbona, no dejaban de acumular razones y argumentos. La incapacidad para suceder de los que se habían hecho indignos; el carácter electivo de la monarquía; la subordinación de la corona al poder de los Estados generales; la obligación de resistir a los tiranos y la justificación, en ciertas condiciones, del

tiranicidio; la existencia de un pacto entre el rey y el pueblo anulable por la modificación unilateral de sus bases implícitas o derogable por una resolución del pueblo, y hasta la necesidad de normas y limitaciones constitucionales al poder real, fueron teorías y afirmaciones que surgieron del campo de la Liga Católica, con eficacia indiscutible para oponer a Enrique el sentimiento popular, principalmente en París.

No obstante su línea inferior, el Cardenal de Borbón, fué proclamado rey por la Liga con el nombre de Carlos X.

Enrique de Navarra acudió a las armas para sostener sus derechos y estalló una nueva guerra civil en Francia entre Enrique el Bearnés y la Liga, poderosamente auxiliada ésta, por el rey de España. Religiosa, política y geográficamente, el problema interesaba a éste tanto o más que a la Liga. Su actitud se explica, pues, perfectamente.

La situación parecía para Enrique completamente desfavorable. Los más calificados de los que habían de ser sus súbditos, decían: "Antes morir de mil muertes; antes entregarse a toda clase de enemigos que sufrir un rey hugonote." Sus circunstancias se expresan diciendo que Enrique IV era "rey sin corona, general sin dinero, marido sin mujer". Pero dotado de excepcionales prendas personales, a ellas debió, tanto como a sus éxitos militares, la atracción de la opinión que lo afianzó en el trono, hasta el punto de ser el fundador de la más destacada e importante de las dinastías francesas: la de la Casa de Borbón.

Las batallas de Arqués en 1589 y de Ivry en 14 de Marzo de 1590, le dieron el triunfo sobre los católicos; puso sitio a París y la Liga tuvo que pedir a Felipe II un apoyo todavía más decidido que el que le prestaba. Felipe adquirió la evidencia que para evitar el triunfo arrollador de Enrique, tendría que acudir militarmente con algo más que con lo que representaban los regimientos walones y flamencos que al mando del conde de Egmont hasta entonces habían ayudado a la Liga en la campaña y dió orden terminante a Alejandro de Farnesio para que resueltamente acudiese a Francia con fuerzas españolas para sostener la lucha. No era este ni el parecer ni la voluntad de Alejandro, que hubiese preferido continuar la conquista de los Países Bajos que felizmente realizaba; pero ante el mandato real, acudió a Francia cuando París ya no podía resistir más y el 30 de Agosto de 1540 lo liberó, obligando a Enrique a levantar el sitio. Si los je-

fes de la Liga se hubiesen compenetrado absolutamente con Farnesio, acaso se hubiese obtenido el triunfo católico en Francia; pero las ambiciones del duque de Mayena no eran muy compatibles con los puntos de vista del rey de España, ni su carácter con el de Alejandro de Farnesio y éste, levantado el sitio, entró en París, dejó allí guarnición española y regresó a Bruselas, habiendo tomado también a Corbeil y Ligni, en lucidísima operación realizada en presencia y ante el asombro del propio ejército francés. Ausente Farnesio la estrella del Bearnés lució de nuevo y Farnesio, por apremiante orden de Felipe II, hubo de volver con sus tropas a Francia cuando Enrique sitiaba a Rouen, de lo que Farnesio le hizo también desistir en Abril de 1592, derrotándole en Aumale, donde estuvo a punto de hacerlo prisionero. Una difícil situación se creó a Farnesio, encerrándolo contra el Sena y ocupando Enrique la única salida que por tierra parecía posible, pero, con una genial estratagema, realizada por medio de su hijo Raniero, Farnesio hace pasar el Sena a todo su ejército burlando a sus enemigos y entró en París. Fué herido en un brazo en un reconocimiento practicado en Candedbac. Acentuadas sus diferencias y recelos con la Liga, regresó a los Países Bajos y cuando se disponía a volver a Francia por tercera vez, murió ejemplarmente a los 47 años en el convento de St. Vaast, en las proximidades de Arras, en medio del más profundo sentimiento de su ejército, que le adoraba.

¿Cuáles eran los propósitos de Felipe II en esta intervención en Francia? En un principio su pensamiento era provocar el reparto de Francia, dando a su hija Isabel-Clara-Eugenia el ducado de Bretaña, que le correspondía por herencia de su madre Isabel de Valois; el condado de Provenza sería para su yerno el duque Carlos Manuel de Saboya; la parte central de Francia con París, sería para el duque de Guisa; la Picardía y la región francesa de Flandes, es decir la situada frente a Inglaterra, sería incorporada a los dominios de Felipe, y se ofrecería a Enrique de Navarra, a cambio de que aceptase una política anti-inglesa, el Bearnés y la Gascuña. Es lo cierto que Enrique de Navarra no aceptó nunca este plan.

Pero cuando Felipe se vió en la necesidad de emprender una guerra nacional para conquistar con sus soldados y su dinero Francia, era natural que pensase que esta conquista fuese para él y no para otro príncipe cualquiera. Esto mismo hubieran que-

ruido desde un principio los católicos franceses como rápido medio de solucionar la cuestión, pero no lo aceptaba ni el duque de Mayena ni el sentimiento nacional de Francia, que despertó en favor de un rey francés. El pensamiento de Felipe encarnó en la idea de establecer en el trono de Francia a su hija predilecta Isabel-Clara-Eugenia, hija de Isabel de Valois y nieta del rey de Francia Enrique II. También este proyecto chocaba con las ambiciones de los jefes de la Liga y quebrantó su homogeneidad y su cohesión y además se le opuso una razón legal de gran peso, cual era la Ley Sálica que excluía a las hembras del trono de Francia. Volvió a tomar fuerza la idea de la desmembración de Francia que ofrecía ocasión de ventaja a las aspiraciones de los duques de Mayena, Saboya, Lorena y la misma Isabel-Clara-Eugenia, haciendo efectivos sus derechos sobre la Bretaña donde las tropas españolas de Juan de Aguila, de acuerdo con el gobernador, Felipe Manuel de Lorena, duque de Mercoeur, ocuparon el puerto de Blavet, antiguo refugio de los navíos desamparados de la Armada Invencible, situado frente a la costa inglesa.

Aunque esta ocupación se refería a la política interior de Francia, Isabel de Inglaterra se sintió por ella amenazada; estrecha su alianza con Enrique de Navarra y envía a éste un cuerpo de ejército formado por tres mil soldados que, entre otras empresas, coadyuvaron al sitio de Rouen, que Alejandro Farnesio obligó a levantar.

Francia mientras tanto, parecía destrozada por la guerra civil. Las ambiciones de unos y otros pretendientes y caudillos hacían presa en las plazas y porciones de territorio que más a su alcance tenía cada uno, y en esta situación se reunieron los Estados Generales, en el Louvre, en Enero de 1593, para elegir el monarca de entre los candidatos a la corona. Los Estados estaban incompletos porque muchas provincias no habían enviado sus representantes. Deseaban un rey católico, reconocido por Roma y por Madrid y una vuelta a las libertades de otros tiempos y a las Asambleas generales y provinciales. En presencia del duque de Feria, enviado de Felipe II, se desarrollaron los apasionados debates, que recogieron y satirizaron los realistas autores de la Sátira Ménippée.

Sutil, Enrique IV comprendió que por la fuerza no podría nunca reinar, venciendo a Felipe II y al sentimiento religioso y católico de Francia, pero que ésta deseaba la paz e hizo que se

conociese su propósito de convertirse al catolicismo y ser transigente en materia de religión, lo que pronto flotó en el ambiente de los Estados y de toda Francia, produciendo efectos definitivos.

El embajador español, duque de Feria, defendió la candidatura de la infanta Isabel-Clara-Eugenia declarando que casaría con su primo el archiduque Ernesto de Austria. Esta declaración de Feria fué funesta para la aceptación de la infanta. Chocó con el sentimiento nacional francés y con el de independencia de la corona de Francia. Luego propuso la elección del duque de Guisa con la infanta española como esposa. Estas eran sus primeras instrucciones que el duque pospuso a la designación de la infanta española, más conforme con su patriotismo y con su convencimiento de la tradición general de la superioridad de España. Cuando se hizo esta propuesta ya era tarde. Antes hubiera tenido éxito. A favor de una tregua de diez días, se había abierto, el 5 de Mayo de 1593, la conferencia de Suresnes, entre diputados de los Estados Generales y representantes de los católicos realistas y en ella, después de confesar los diputados de los Estados Generales que sólo la religión del rey era para ellos un obstáculo a su reconocimiento, el Arzobispo de Bourges, Rolando de Baume, hizo la declaración sensacional de que, desde entonces, este reconocimiento era un hecho realizado, puesto que el rey estaba resuelto a convertirse. Sorprendidos los de la Liga, objetaron que tal conversión no podía inspirar ninguna confianza a los católicos, pero los efectos del golpe eran ya imposibles de contener, cuando esto hacía surgir ante Francia las esperanzas de la paz.

En efecto, el domingo 25 de Julio de 1593, Enrique IV abjuraba en manos del arzobispo de Bourges, en la iglesia abacial de Saint Denis y, arrodillado, hacía esta profesión de fe: "Yo protesto y juro ante la faz de Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religión católica y romana; protegerla y defenderla contra todos, a costa de mi sangre y de mi vida, renunciando a todas las herejías contrarias a la dicha Iglesia". Pronunciada esta profesión de fe la entregó, firmada de su mano, al arzobispo, quien le dió su absolución y bendición. Confesó con el mismo arzobispo de Bourges, oyó la misa que éste dijo, ¡la misa famosa de Enrique IV! y en ella recibió la sagrada comunión. Se celebró luego una comida y ordenó que entrase en el local la multitud que había

venido de París a presenciar la ceremonia y desde allí comenzó una labor de atracción tan poderosa que se le fué entregando la voluntad de París y de los que habían sido sus enemigos. Fué consagrado rey en Chartres el 27 de Febrero de 1594 por estar Reims en poder de los Guisas y el 22 de Marzo siguiente, el mismo gobernador de París, Brissac, luego par del reino, duque y mariscal de Francia, puesto por el duque de Mayena, facilitó la entrada de Enrique IV en París, donde, en medio de generales aclamaciones, al grito de "Viva el rey", fué conducido a Nuestra Señora de París, sin haber tenido que vencer más que algún ligero incidente.

El mismo día dejaron París las tropas españolas marchando con ellas el duque de Feria, D. Diego de Ibarra y Juan Bautista Taxis, y su salida la presenció Enrique IV desde una ventana de la puerta de Saint Denis, saludando cortésmente, según su rango, a los jefes de las compañías y lo mismo a Feria, Ibarra y Taxis, a los cuales, con su habitual forma de expresión, dijo: "Encomendadme a vuestro señor, pero no volvais más aquí." Eran tres miñ soldados.

Gradualmente se le fueron sometiendo gobernadores y plazas y el rey lo facilitaba otorgando los millones en que cada uno taba su sumisión, comprendidos el duque de Guisa y, más tarde, el de Mayena. Lo mismo concedía gobiernos y dignidades, pero nunca con carácter hereditario, afirmando así la unidad de Francia y el hundimiento del feudalismo.

Cumpliendo la fatal tradición francesa, cuando Enrique IV se sintió fuerte, se volvió contra España y formalmente le declaró la guerra el 17 de Enero de 1595. Más o menos le asistían sus conocidos aliados antiespañoles, Isabel de Inglaterra, las Provincias Unidas, los príncipes protestantes de Alemania y hasta el gran duque de Toscana. La República de Venecia, también simpatizaba con él. Junto a España luchaban todavía los duques de Mayena, de Nemours y de Mercoeur.

Exitos y reveses se siguieron para una y otra parte en estas luchas. La batalla de Fontaine-Francaise de 5 de Junio de 1595 que los franceses parecían tener perdida, se transformó en un éxito por los errores de los españoles y la intervención personal de Enrique IV, y tuvo, como importante consecuencia, la ocupación de la Borgoña, hasta entonces dominada por el duque de Mayena. En cambio los españoles mandados por el condestable

de Castilla, duque de Frías, ocuparon Le Catelet, Doullens y Cambrai.

Una batalla decisiva fué para Enrique la ganada en el Vaticano. Su conversión al catolicismo necesitaba para ser definitiva la absolución del Papa y el levantamiento de la excomunión que sobre él pesaba. Alrededor de esto se libró un empeñadísimo combate. Felipe II se opuso resueltamente a que fuera concedida la absolución juzgando que esta conversión no era sincera. Mientras el Papa no absolviese y levantase la excomunión la posición de los católicos reales franceses era difícil y peligrosa.

Felipe II no había encontrado siempre en Roma todas las facilidades necesarias para su política francesa. Sixto V tenía una política propia y contradictoria que unas veces coincidía y otras estaba en oposición con los deseos del rey de España. El embajador español, conde de Olivares, tuvo que acudir a las maneras más fuertes para contener en determinados momentos la inclinación del Papa hacia Enrique IV. El triunfo de Enrique en la batalla de Ivry y la creciente adhesión de los franceses, lo pusieron resueltamente al lado del rey de Francia, cuya conversión esperaba, sin que Olivares ni el duque de Sessa, enviado por Felipe, pudieran impedirlo. Las preocupaciones y la intensa lucha diplomática que le acarreó este asunto influyeron en la salud del Papa y en su muerte, acaecida el 27 de Agosto de 1590. El 19 y el 20 del mismo mes todavía había discutido y tratado de ello con el conde de Olivares y el duque de Sessa y con la congregación pontificia encargada de los asuntos de Francia. Gregorio XIV e Inocencio IX fueron más propicios a la política francesa de Felipe II, y Clemente VIII, aun después de la conversión y la entrada triunfal de París retrasó el decreto de absolución que humildemente le había pedido Enrique por carta y por medio de sus embajadores hasta el 18 de Septiembre de 1595, pero en este día, juzgando sin duda afirmada la catolicidad de Enrique y su posición en el trono de Francia, previas algunas negociaciones, Clemente VIII levantó la excomunión y expidió el decreto solemne de absolución del rey, lo que consentía la adhesión de todos los católicos franceses. El duque de Mayena se sometió y lo mismo hicieron los duques de Joyeuse, Epernon y otros. El último que se sometió fué el duque de Mercoeur, que con los españoles se sostenía en Bretaña, quedando Enrique IV, de hecho y de derecho, rey de Francia.

Pero, gracias a Felipe, el Enrique IV proclamado, era rey católico y no rey hugonote, y Francia continuó siendo católica, como toda la dinastía de Borbón. Sin duda el sentimiento religioso del pueblo francés se impuso también a su monarca, pero es indudable que si el ejército español con Alejandro de Farnesio no obligan a Enrique a levantar los sitios de París y de Rouen, Enrique entra en París hugonote y hubiera sido rey de Francia sin convertirse y quién sabe si hubiera acabado por imponer el protestantismo en Francia. En este aspecto el triunfo de Felipe es evidente y Francia debe a España una imborrable gratitud.

La guerra con España continuaba. En 1596 el conde de Fuentes y el Archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, se apoderaron de Ardrés y Guines y, lo que es más importante, de Calais. Enrique, por su parte, conquistó La Fère y Birón, devastó el Artois.

El gran episodio de esta guerra fué la conquista de Amiens por los españoles, que, al mando de Hernán Tello Portocarrero, ocuparon, por sorpresa, esta importante plaza el 11 de Marzo de 1597. Por acuerdo con el rey, Amiens no debía recibir guarnición militar y estaba su custodia encomendada a sus habitantes. No obstante, confiado en sus fuertes murallas, había acumulado el rey gran cantidad de pertrechos de guerra para el ataque contra Arras. La impresión que produjo en Francia este hecho, fué extraordinaria. París se sintió amenazado; se temió el hundimiento de todo lo adelantado por Enrique; la resurrección de las rebeldías y de los acuerdos con España. Según cuenta Sully, en la noche del 11 al 12 de Marzo, el mismo Enrique IV, que le había hecho despertar y acudir a palacio, igual que a otros servidores, con voz patética, le comunicó la noticia diciéndole: “¡Qué gran desgracia, amigo mío! Amiens ha sido tomada por los españoles”. Y le refirió la sorpresa que utilizaron para hacerse en pleno día dueños de la plaza. “He hecho bastante el rey de Francia, dijo Enrique, es tiempo de hacer el rey de Navarra”.

Todas las fuerzas nacionales fueron convocadas para la recuperación de Amiens. El rey en persona dirigió el sitio. Isabel de Inglaterra había de ayudarle con dos mil hombres durante seis meses. Los holandeses con cuatro mil.

Por su parte, Felipe II se esforzó también para acudir en socorro de los sitiados. El archiduque Alberto, con un ejército de 18.000 infantes y 3.000 caballos, salió de Douai y marchó direc-

tamente contra los sitiadores. Sus ataques fueron infructuosos. El plan de defensa, en el que eficazmente colaboró el duque de Mayena, el antiguo enemigo de Enrique y amigo y aliado de Felipe II, no pudo romperse en los fuertes ataques del 15 de Septiembre y el 16 se retiró el archiduque, que no esperaba hallar tan fuerte resistencia. El 25 capituló la plaza.

La pasajera ocupación de Amiens, fué el último fulgor de la brillante estrella de Felipe II. La destructora ofensiva inglesa contra Cádiz y otros lugares españoles; los avances de los rebeldes de los Países Bajos, que, después de conservar Holanda atacaban a las ciudades católicas del Brabante, y la imposibilidad de conservar Amiens, estaban pregonando la debilidad de España.

El rey, enfermo y amargado, tenía que preocuparse de preparar a su hijo una sucesión lo más pacífica posible. El mismo Papa le estimulaba a ello y era condición fundamental la paz con Francia. El duque de Saboya había sido también derrotado y la continuación de la guerra no podía ofrecer a Felipe ventaja alguna.

Enrique deseaba y necesitaba también la paz. Había conquistado un reino arruinado y maltrecho y tenía que reconstruirlo completamente.

En Octubre se abrieron las negociaciones de paz y en Noviembre recibían un fuerte impulso.

Enrique encontraba para ello una gran dificultad, en el tratado de alianza ofensiva y defensiva que había celebrado en 1596 con Inglaterra y Holanda, que le obligaba a no firmar la paz sin su previo consentimiento. Esta obligación le fué recordada para que siguiera la guerra. Astutamente Enrique pidió que Inglaterra y Holanda concurriesen con él a una guerra general para conquistar definitivamente los Países Bajos españoles. Ni a Inglaterra ni a Holanda satisfacía esta petición, y Enrique no podía continuar la lucha, porque Francia estaba agotada. La conversión de Enrique al catolicismo había desagradado a Isabel y a los holandeses, pero los mantenía unidos su común interés contra España. Comprendieron, sin embargo, que con ellos o sin ellos, Enrique estaba resuelto a hacer la paz. Cecil, próximo a la muerte, indicó que por lo menos se exigiese a España que garantizase la libertad de las Provincias Unidas, y éstas agregaron que esa garantía tenía que ser la separación de las provincias belgas de la corona de España. Esta era la gran cuestión que en

las negociaciones anteriores a la paz de Vervins se debatía, porque Felipe II podía devolver Calais, el puerto de Blavet en Bretaña y todos los lugares ocupados en Francia, pero no podía consagrar el triunfo de la rebeldía flamenca. La situación se resolvería dando autonomía a Flandes, bajo la soberanía de la Infanta Isabel-Clara-Eugenia, la niña de los ojos del rey Felipe II, que la ejercería casándose con su primo el archiduque Alberto de Austria, previa dispensa y renuncia de éste de su capelo de cardenal y de la silla metropolitana de Toledo que ocupaba. Si no tenían sucesión, Flandes volvería de nuevo a la corona de España y si la hubiera, casaría con el rey de España o con el príncipe heredero o con el consentimiento del rey de España.

El tratado de paz se firmó en Vervins el 2 de Mayo de 1596. Por él se restablecía el tratado de Cateau-Cambresy de 1559 y las partes contratantes se devolverían las poblaciones ocupadas. Fueron comprendidos en el tratado el duque de Saboya, los suizos y sus aliados. Ni Isabel de Inglaterra, ni las Provincias Unidas quisieron adherirse.

El 6 de este mismo mes de Mayo, firmó Felipe II el acta de cesión de los Países Bajos, y el 13 de Septiembre siguiente moría en El Escorial.

El tratado de Vervins, restableció el de Cateau-Cambresy ¡pero qué abismo entre uno y otro! Aquél era la grandeza, el poder, la hegemonía de Felipe II y de España; éste el ocaso, la debilidad, la decadencia. En Cateau-Cambresy no había en el mundo para Felipe II rival posible. Cuando Vervins, Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia, brillan rutilantes en el firmamento político de Europa junto a un Felipe II amargado y moribundo.

España seguía siendo grande, inmensa, sin duda la mayor monarquía del mundo. Todavía necesita que titanes como Richelieu, Mazarino y Luis XIV, agoten sus fuerzas en la obra de destrucción de su poder. Tras de Vervins, aun han de venir Westfalia, los Pirineos, Lisboa..., Utrech... Pero ya llevaba en su alma todos los gérmenes del desaliento. El español ve por lo menos quebrantada la fe tan firme que había tenido en la grandeza y la predestinación del destino de su patria. Esa fe le impuso al mundo. El día del desastre de la Invencible, fué cuando por primera vez los españoles, espantados, creyeron y gritaron que Dios les había abandonado. La desconfianza y el desaliento irían cada día acentuándose, pa-

ra nuestra desgracia, más y más. Pero había de llegar un día en que los españoles creyéramos que habíamos vuelto a ser instrumento designado por la Providencia Divina para la realización de grandes destinos; que Dios nos llevaba de su mano. Eso lo creemos todos los españoles que hemos presenciado la gesta maravillosa que ha realizado nuestra patria desde 1936 a 1939. ¿Cómo sin una intervención de la Providencia, habían de realizarse milagros tales como los que en todas partes hemos visto? ¿Cómo habían de llevarse a cabo empresas tamañas con tan pocos medios? ¿Cómo acumular tantas virtudes, heroísmos, pureza de intención, abnegaciones, sacrificios y aciertos como los que llevaron a España a triunfo tan pleno? Y es que sin todo eso que los españoles han prodigado, las grandes fuerzas espirituales y morales del mundo hubiesen perecido y Dios, que no lo podía consentir, ha vuelto a servirse de los españoles como de instrumento de salvación. Hagámonos dignos de tan insigne destino, y trabajemos para hacer una España tan grande, tan justa y tan humanamente perfecta como la que al morir soñaban nuestros mártires y a la que ofrendaron sus santas vidas.

He dicho.

Granada 4 de Noviembre de 1940.